

**UACM**

Universidad Autónoma  
de la Ciudad de México

*Nada humano me es ajeno*

**LICENCIATURA EN CREACIÓN LITERARIA**

***HETERONIMIA: AVATARES DE UN AUTOR (TESINA)  
CÓMO MATAR PULGAS (CUENTARIO)***

**TRABAJO RECEPCIONAL  
QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE  
LICENCIADO EN CREACIÓN LITERARIA**

**PRESENTA:  
ENRIQUE ALDUCIN CAMACHO**

**DIRECTORA DE TRABAJO RECEPCIONAL:  
MTRA. CARMEN ROS AGUIRRE**

**MÉXICO, DISTRITO FEDERAL, SEPTIEMBRE DE 2011**

## SISTEMA BIBLIOTECARIO DE INFORMACIÓN Y DOCUMENTACIÓN



## UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LA CIUDAD DE MÉXICO COORDINACIÓN ACADÉMICA

### RESTRICCIONES DE USO PARA LAS TESIS DIGITALES

### DERECHOS RESERVADOS<sup>©</sup>

La presente obra y cada uno de sus elementos está protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor; por la Ley de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México, así como lo dispuesto por el Estatuto General Orgánico de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México; del mismo modo por lo establecido en el Acuerdo por el cual se aprueba la Norma mediante la que se Modifican, Adicionan y Derogan Diversas Disposiciones del Estatuto Orgánico de la Universidad de la Ciudad de México, aprobado por el Consejo de Gobierno el 29 de enero de 2002, con el objeto de definir las atribuciones de las diferentes unidades que forman la estructura de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México como organismo público autónomo y lo establecido en el Reglamento de Titulación de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México.

Por lo que el uso de su contenido, así como cada una de las partes que lo integran y que están bajo la tutela de la Ley Federal de Derecho de Autor, obliga a quien haga uso de la presente obra a considerar que solo lo realizará si es para fines educativos, académicos, de investigación o informativos y se compromete a citar esta fuente, así como a su autor ó autores. Por lo tanto, queda prohibida su reproducción total o parcial y cualquier uso diferente a los ya mencionados, los cuales serán reclamados por el titular de los derechos y sancionados conforme a la legislación aplicable.

**A Gina, mi estrella, mi guía.**

**A Gilean y Evan,  
porque sin ustedes no hay luz en mi camino.**

**A Poncho y Beli, por traerme a este sendero.**

**A Bony, por nuestras tantas navidades.**

**A mis Gárgolas:  
Carmen Ros, Tere Dey,  
Adriana Jiménez, Rosina Conde,  
Xhevdet Bajraj, Óscar Martínez Vélez y  
Hugo Hiriart, por su incondicional amistad y  
porque me enseñaron  
el valor de la palabra escrita.**

## ÍNDICE

<b>INTRODUCCIÓN</b>	<b>4</b>
<b>I. HÉTEROS ÓNOMA</b>	<b>8</b>
<b>II. HISTORIA DE LA HETERONIMIA</b>	<b>11</b>
<b>III. VOCES DISTINTAS Y UN YO VERDADERO</b>	<b>14</b>
<b>IV. ESTILOS, PERSONALIDADES Y ESCRITURA</b>	<b>16</b>
<b>EL ESTILO</b>	<b>16</b>
<b>EL JUEGO GRAMATICAL DE DYLAN A. MARTÍNEZ</b>	<b>20</b>
<b>OTRO ESTILO: KELY</b>	<b>26</b>
<b>AXEL BERNAL Y <i>LA GORDA</i></b>	<b>29</b>
<b>V. BITÁCORA</b>	<b>32</b>
<b>EL PROCESO CREATIVO DE DYLAN A. MARTÍNEZ</b>	<b>32</b>
<b>UN PROCEDIMIENTO DISTINTO: <i>GANASHI</i></b>	<b>35</b>
<b>CUANDO AXEL BERNAL CONOCIÓ A <i>LA GORDA</i></b>	<b>37</b>
<b>LOS HETERÓNIMOS</b>	<b>39</b>
<b>A MANERA DE CONCLUSIÓN</b>	<b>42</b>
<b>REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS</b>	<b>44</b>
<b><i>CÓMO MATAR PULGAS (CUENTARIO)</i></b>	<b>47</b>
<b>AGRADECIMIENTOS</b>	<b>120</b>

## INTRODUCCIÓN

DURANTE NUESTRAS VIDAS –quiero creer- existen momentos, casi como parpadeos, en que nuestras puertas de la percepción se depuran. A decir de William Blake, cuando esto sucede, se nos muestran las cosas tal cual son: infinitas. Hace poco, el 4 de enero de este 2011 para ser exactos, camino a la Universidad donde imparto clases, comencé a leer un libro de Haruki Murakami, *Al sur de la frontera, al oeste del sol*, la primera oración decía: “El 4 de enero de 1951...” La historia que comenzaba a leer tenía lugar, exactamente, sesenta años antes. Muchos le llaman casualidad y, otros tantos, magia.

Otro ejemplo: a los 12 años hacía un viaje con mis tíos, y primo, a Puerto Vallarta, el camino era largo y durante el trayecto leía un *best-seller*, que me atrapó desde la primera página: *Pregúntale a Alicia*, de autor anónimo. En uno de los pasajes de esta historia, la protagonista, quien a corta edad había abandonado su hogar para independizarse de sus padres, se encontraba trabajando en una tienda departamental para solventar las deudas adquiridas por el consumo de drogas. Su jefa la había puesto a limpiar los aparadores y mientras lo hacía, con un gran dejo de nostalgia le platicaba a una compañera cuánto extrañaba a su familia. De pronto, de los altavoces que transmitían la música ambiental, comenzó a sonar *She's leaving home*, de los Beatles. Alicia rompía en llanto. Lo “mágico” en esto es que, al mismo tiempo que leía esas líneas, en el autoestéreo del carro de mi tío, también sonaba la misma canción del cuarteto de Liverpool.

Aquel instante, en que una de mis puertas de la percepción se depuró de manera fugaz, fue factor determinante, pues detonó en mí, inconscientemente, esta pasión que tengo por la lectura y la escritura. Después de aquel viaje, me dediqué a leer y leer, y otro poco a escribir, siempre tratando de encontrar esos instantes supremos. No recuerdo si lo logré. Sin embargo, ya en la universidad, entendí que eso no puede forzarse. No se puede obligar a que esas “casualidades” sucedan. Y es que, de verdad, la lectura así como el arte de escribir produce magia. Como en este mismo momento, en que escribo estas líneas, sigo tecleando las letras que irán apareciendo ante tus ojos, una a una, palabra tras palabra. ¿Lo ves?

Mi antología de cuentos *Cómo matar pulgas* nace de aquella búsqueda incesante de capturar esos momentos mágicos. Al internarme en la carrera de Creación Literaria encontré cabida en el género narrativo corto, en el arte del cuento. Durante el trayecto, conforme iba escribiendo cada uno de mis cuentos descubrí que todos eran disímiles entre sí. Al principio me creó un conflicto al querer conjuntarlos, sin embargo, después de hacer una seria introspección sobre las narraciones, y sobre mí, caí en cuenta de que eran otros “yo”, quienes los habían creado. No obstante, ya al término de mi carrera, llegó a mí una epifanía: para certificar mis estudios semestrales de una clase debía entregar una antología propia, que debía ser dictaminada por un supuesto editor literario. En ese momento decidí, ante la heterogeneidad de mis narraciones, que ese conglomerado fuera presentado mediante varios pseudónimos. Poco tiempo después resolví hacerlo mi trabajo recepcional. Lo primero que hice fue darle una fecha de nacimiento a cada uno de esos supuestos autores. Luego consulté, para

conocerlos plenamente, páginas web astrológicas, así como el libro del I-Chin. Una vez creados en “cuerpo y alma”, hice que escribieran una autobiografía. Aquí otro momento “mágico”: conforme escribían su historia de vida y relataban cómo habían llegado a mi antología, también me hicieron ver cuál cuento había escrito cada uno de ellos. Aquellos pseudónimos se habían transformado en mis heterónimos. De esta manera, descubrí que mi arte poética está basada en la heteronimia.

Pero, ¿qué es un heterónimo?, ¿qué es la heteronimia?, ¿cuáles son los rasgos o detalles, que me hacen suponer que no es un autor único quien creó cada texto que escribí?

La respuesta a estas preguntas constituye el presente trabajo recepcional, y me posibilita la siguiente propuesta: “la heteronimia exige un estilo diferente a cada heterónimo, y el estilo se consigue con una visión peculiar del mundo y la elección de ciertos recursos literarios.”

Para apoyar mi propuesta, este trabajo recepcional está dividido en cinco apartados. En el primero daré una explicación etimológica de la palabra heterónimo, así como algunas definiciones de la misma. De igual manera, definiré las diferencias que hay entre un pseudónimo y un autor apócrifo.

El segundo apartado estará dedicado a algunos autores que, de alguna manera u otra, se han valido de la heteronimia. En el tercero, expondré algunas razones y efectos de la heteronimia, cuál es su implicación y juego dentro de la obra de un autor. La finalidad de este último es para mostrar que la heteronimia exige la creación de personalidades distintas para lograr el efecto de que se lee

autores disímiles, y que es el estilo de cada uno de los heterónimos aquello que puede marcar una o más alteridades.

En el cuarto apartado presentaré algunas definiciones sobre lo que significa el estilo, y buscaré mostrar que los heterónimos de mi antología de cuentos *Cómo matar pulgas* poseen una filosofía frente al mundo y a la existencia humana, además de valores, tanto individuales y sociales, así como experiencias significativas, para interpretar con todo ello la vida. Para esto, me ocuparé de ciertos rasgos estilísticos y recursos literarios de algunos de mis heterónimos, con la finalidad de explorar aquellas formalidades que han coadyuvado en la expresión de sus cosmovisiones. Para ello me basaré en autores de la talla de Longino, Buffon, Octavio Paz, entre muchos otros. De esta manera y, para sustentar lo que estos autores argumentan, haré un acercamiento estilístico a tres cuentos de mi antología. El primero de ellos será Dylan A. Martínez, heterónimo que basa su narración en una serie de juegos gramaticales para representar una situación trágica. El segundo estudio será sobre el estilo de Kely López Camacho, quien utiliza recursos literarios distintos al primero para proyectar otro tipo de efectos en el lector. Y, por último, analizaré en el cuento de Axel Bernal, las técnicas en que se basó para crear su historia.

En el quinto capítulo *Bitácora*, a modo de cerrojo, hablaré acerca del proceso creativo de los cuentos analizados. De igual manera, expondré cómo nacieron mis heterónimos; clave de mi poética para esta antología. Asimismo haré una breve presentación de cada uno de ellos y, por último, explicaré como surgió y evolucionó la idea de crear mi antología *Cómo matar pulgas*.

## I. HÉTEROS ÓNOMA

Para escribir este trabajo recepcional ha sido necesario buscar la raíz de la palabra heteronimia. Cabe explicar que fue Fernando Pessoa el creador de este neologismo; sin embargo, el escritor portugués no lanzó este término sin base alguna, ya que etimológicamente es adecuado: en griego *Héteros* significa *distinto*, y *Ónoma* quiere decir *nombre*. Por otro lado, según el diccionario de *Redacción y estilo*, de José Martínez de Sousa, la heteronimia es un "...fenómeno por el cual dos palabras, aun procediendo de *étimos*<sup>1</sup> distintos, poseen actualmente una acusada proximidad semántica, hasta el punto de referirse, en algunos casos, a parejas masculino/femenino [...]" (Martínez: 241) Así pues, se trata de un fenómeno en el cual vocablos de diferente raíz tienen una cercanía en el campo del sentido.

En el ámbito literario encontramos la heteronimia cuando un autor escribe con nombres y personalidades distintas. Fernando Pessoa lo llama *poder de despersonalización dramática*. El autor portugués afirma en su *Carta sobre la Génesis de los Heterónimos*, que el heterónimo no debe ser confundido con un pseudónimo, pues éste es sólo un nombre falso con el cual un autor firma una obra, es más bien, un alias narrativo.

"[...] La obra seudónima es la del autor en su personalidad, salvo en el nombre con que firma; la heteronimia es del autor

---

<sup>1</sup> *étimo* (del lat. «etýmon», del gr. «étymon», sentido verdadero) m. Con relación a una palabra, otra o una raíz de la cual procede. Ô Etimología.

fuera de su personalidad, es de una individualidad completa fabricada por él, como si fueran los parlamentos de cualquier personaje de cualquier drama suyo [...]” (Pessoa: 14)

Por otro lado, Antonio Machado creó autores apócrifos, o complementarios, como él mismo los llamó: Abel Martín, su aparente maestro, y Juan de Mairena; asimismo, Unamuno firmó parte de su obra con su nombre real y otra parte, la poética, bajo el nombre de Rafael, su heterónimo. Boris Vian hizo lo mismo con Vernon Sullivan; Jorge Luis Borges y Bioy Cazares, crearon a Bustos Domecq. Ellos, y muchos otros escritores, no se limitaron a utilizar un simple pseudónimo, sino que fueron más allá al crear a un *nuevo autor*, que respondía a un estilo individual y un género con un arte poética original. El teórico Oscar Tacca, en su libro *Las voces de la novela*, aunque no trata la heteronimia como tal, sí menciona un tipo de autor que bien podría asemejarse a un heterónimo, dice al respecto:

“[...] El autor sólo habla a través del narrador, el narrador ‘disimula’ juicios y opiniones del autor. [...] Otras veces [...] el autor cede [...] se sitúa antes de la novela, en su portal, en su portada, en la *Advertencia del Editor*. [...] Este autor-editor o transcriptor, más que un autor es un *fautor*, en el sentido policial y vagamente delictivo que ha adquirido la palabra. [...] El recurso [...] comprende una variada gama de relatos, que podrían ordenarse respondiendo a una doble coordenada: desde la forma epistolar de las novelas, hasta a aquellos en que el autor se presenta como un mero ‘editor’ de unos papeles (encontrados en un desván [...]); y desde los que (sin participación del intermediario) han sido sólo objeto de copia fiel y cuidadosa hasta los que (admitiendo una

cierta participación) han sido 'traducidos', 'compuestos', o 'reescritos' por el transcriptor. (Tacca: 38)

Así pues, la heteronimia responde al fenómeno de personalidades distintas que utiliza un creador para firmar sus obras.

## II. HISTORIA DE LA HETERONIMIA

Como señalé antes, Pessoa es quien crea la palabra y definición de heterónimo; pero cabe destacar que estos tipos de desdoblamientos o alter egos escriturales, tienen una historia que van más allá de la época del escritor portugués. Es posible que la heteronimia misma vaya a la par de la historia literaria moderna. Quizá tenemos una referencia primigenia o embrionaria en *El Quijote*, pues a juzgar por lo que Cervantes cuenta, el autor original de su obra más popular fue Cide Hamete Benengeli. Por otro lado, Lope de Vega contaba con un heterónimo llamado Belardo, personaje que aparece en sus romances pastoriles y comedias. Un segundo heterónimo de Lope es el del bachiller Tomé Burguillos, poeta que se enamora de una lavandera llamada Juana.

El fervor por la heteronimia también se puede encontrar en la época del Neoclasicismo. El bardo céltico Ossian, autor de *Fingal*, (1762) fue un heterónimo del poeta escocés James Macpherson. Asimismo, en esta misma época, Thomas Chatterton, quien es considerado un pre-pessoano, creó a Thomas Rowley, un supuesto monje de la Edad Media que, al mismo tiempo, se “relacionaba” con una serie de supuestos individuos extratextuales, todos coetáneos medievales de este monje. Este heterónimo es autor de la égloga *Eleonore y Juga*.

Es en 1914 cuando Fernando Pessoa comienza a firmar sus libros con su nombre y el de los heterónimos con los que escribió su obra. Pessoa fue quien denominó a sus personajes como heterónimos para diferenciarlos de la categoría de pseudónimos: Alberto Caeiro, Ricardo Reis y Álvaro de Campos, entre otros.

Más tarde, Souriau definiría a estos heterónimos como autores que “poseían vida propia, biografía autónoma de su creador y una obra que se corresponde en cada uno de ellos con una poética y una existencia particular definida y verosímil” (Souriau: 645).

Como había dicho, otro caso en la historia de la heteronimia literaria es el de Antonio Machado, poeta español, quien denominó “apócrifos” a los autores que salieron de su pluma. Para él, dicho término significaba fabuloso, fingido, falso. Sin embargo, nuestro Nobel de literatura, Octavio Paz, señala que “Abel Martín y Juan de Mairena no son enteramente el poeta Antonio Machado. Son máscaras pero máscaras transparentes: un texto de Machado no es distinto de uno de Mairena”. (Paz: 24) Como último ejemplo heteronímico, pongo el caso de Boris Vian, escritor francés que perteneció al grupo denominado *OuLiPo*, colectivo que se caracterizaba por sus juegos gramaticales y que fundaba sus leyes en la ‘patafísica’. Vian creó a Vernon Sullivan, un supuesto autor estadounidense negro que había escrito *Escupiré sobre vuestra tumba*, obra que llegó a ser censurada por su baja moral. Al escritor francés se le ocurrió el juego de asegurar que él – Boris Vian- era el representante de Vernon Sullivan, y que éste había sido vetado en su país. Vian aseguró en una entrevista que *Escupiré...*, era la primera entrega de tres. Ante el asedio de los medios y la gran polémica que suscitó, Vian no tuvo más remedio que decir la verdad, y aguantar hasta el último día de su existencia el repudio de la sociedad. Paradójicamente la última novela de Vian, publicada con su nombre de pila, fue llevada al cine. No es el caso de Mario Puzo, de quien se acaba de publicar en 2009 una novela inédita: *Seis tumbas en Munich*, escrita

mucho antes que *El Padrino* y firmada bajo el nombre de Mario Cleri, habrá que ver si ésta es firmada, como fue el caso de la saga de los Corleone.

De esta manera, vemos que la heteronimia, si no con este nombre, fue un recurso que utilizaron grandes plumas de la historia literaria moderna. En un principio, es probable que estos autores hayan recurrido a este fenómeno como un juego, o como protección, después de todo, es un recurso literario válido con el cual hemos sido beneficiados quienes tenemos el hábito de la lectura.

### III. VOCES DISTINTAS Y UN YO VERDADERO

Es indudable que en la heteronimia encontramos a un autor escribiendo con otro 'yo', pero ¿cuál es la implicación y el efecto del juego heteronímico en la obra de un creador? La heteronimia exige la creación de personalidades distintas para lograr el efecto de que se lee a autores disímiles. El estilo de cada uno de los heterónimos es aquello que puede marcar una o más alteridades, como ocurrió con Vernon Sullivan y Boris Vian, o bien un ser de conciencias múltiples, según los alter-egos en los que se desdobló el mismo Pessoa. La escritora mexicana Tita Valencia, en mi opinión, en un extracto de su novela *Urgente decir te amo*, da una iluminación del fenómeno de la heteronimia, ya que para ella el creador, cuando acude a este recurso:

“[...] Acaso, a la manera de Pessoa, presiente ya los desdoblamientos expresivos que el poeta requiere para llegar a ser cabalmente él mismo desde sus diferentes ángulos de emplazamiento emocional. El secreto del hallazgo de voces que cantan a partir de identidades disímiles en los diversos personajes idiomáticos del yo.” (Valencia: 38)

Así, cuando un lector lee heterónimos, evoca personalidades autorales distintas. No obstante, esto en buena medida se logra gracias a la técnica que sea capaz de expresar una emocionalidad y originalidad individuales. Tanto el vocabulario, los juegos sintácticos así como la combinación de las palabras son algunos de los recursos que el escritor debe dominar para lograr algún poder de evocación; es decir, además de una emoción debe tener técnica. La técnica,

consigna Luis Alonso Schökel, “[...] nos suministra la manera de manejar los instrumentos, de domeñar materiales muchas veces rebeldes, nos da un cauce por donde fluya el torrente de la inspiración.” (Schökel: 22)

Las obras firmadas por heterónimos deben convencer al lector que tiene ante sí a autores distintos con personalidades disímiles entre sí.

#### IV. ESTILOS, PERSONALIDADES Y ESCRITURA

“El estilo es el espejo de la sensibilidad de un artista,  
en mayor grado que el *contenido* de su obra.”

Truman Capote.

##### EL ESTILO

Cuando se habla de una obra literaria, se atiende, entre otros elementos, al giro de las frases, al tema y al ritmo, que expresan, de alguna manera, la manera de ver el mundo del escritor, y en esto influye su biografía, sus lecturas, sus valores, etc. (Cfr. Murry: 10) “El estilo es el hombre”, consignó el Conde Buffon en su *Discurso sobre el estilo*.

Para comenzar, he de decir que durante la escritura de estos cuentos, por medio de distintos heterónimos, me vi obligado a crear una biografía para cada autor; “dotarlos” de una existencia particular y verosímil, además de una poética individual. Por ello mismo, al final de mi antología de cuentos, aparecen sus autobiografías. No obstante, considero que esto no es suficiente para saber que ellos son distintos entre sí, ya que es el texto, o textos que ellos escriben aquello que realmente los hace diferentes, sobre todo desde el ángulo literario.

La cosmovisión de cada creador de mi antología *Cómo matar pulgas* tiene relación o se formó de acuerdo a supuestas historias de vida. Sin embargo, las biografías no son lo único que da cuenta o apoya la filosofía frente al mundo y la

existencia humana que tienen mis escritores, sino también sus valores, tanto individuales como sociales, y sus experiencias vitalmente significativas, para interpretar con todo ello la vida. En la fabricación de la personalidad autoral de estos supuestos creadores seguí una observación de Dilthey, ofrecida por Viñas Piquer, pues para el filósofo alemán, la vivencia significativa se constituye, en términos artísticos, como unidad básica del conocimiento, ya que supone, para Dilthey, según la cita de Viñas, que la vivencia es “la materia prima de toda configuración artística.” (387)

En este apartado me ocuparé de algunos rasgos estilísticos y recursos literarios de mis heterónimos, con la finalidad de explorar aquellas formalidades que han coadyuvado en la expresión de sus cosmovisiones. Comenzaré por definir lo que es el estilo, después haré un resumen de los cuentos, y un breve análisis de ellos.

¿Cuáles son los recursos del estilo? Mejor aún: ¿Qué es el estilo? La primera vez que entré a una clase de Creación Literaria, en la UACM, esta pregunta inquietó mi mente, y creo que las mentes de muchos de mis compañeros. Es “la pregunta” que he intentado contestar a lo largo de mi licenciatura. Buffon, en su *Discurso sobre el estilo* (1753), lanzó una máxima que ha permeado hasta nuestros días, y aquí la retomo: “el estilo es el hombre.”

[...] Las obras bien escritas serán las únicas que pasarán a la posteridad: el caudal de los conocimientos, la singularidad de los hechos, la novedad misma de los descubrimientos, no son garantía segura de la inmortalidad. Si las obras que los contienen no tratan sino de nimiedades, si están escritas sin gusto, sin nobleza y sin talento, perecerán, porque los conocimientos, los hechos y los descubrimientos

se arrebatan fácilmente, se transfieren e incluso mejoran cuando son empleados por manos más hábiles. Éstos son exteriores al hombre; en cambio, el estilo es el hombre mismo.” (Buffon: 29)

En el tema del estilo inevitablemente se debe citar a Longino como primera referencia, pues en su obra, *De lo sublime*, lo define como esa especie de virtud y distinción del lenguaje. Longino, más que estudiar los efectos que produce un texto, pone mayor énfasis en la gramática de la producción. (Longino: 25) Dicho de otra manera, en la forma en que el escritor se dirige al lector: la selección de palabras, los tropos, sus riesgos, etc. En fin, todas las estrategias que elige un autor y con las cuales apela a las emociones del lector, a su interés e inteligencia.

El crítico inglés Middleton Murry asegura en *El estilo literario* (64) que el estilo de un autor es eficaz si expresa con exactitud las percepciones que tiene del mundo y que en ello van implicados sus valores, creencias, conocimientos, lecturas, vivencias, etc. Se puede definir el estilo, de modo sucinto, como una visión personal del mundo más las técnicas de exposición; o bien, como aseguran los maestros de la escuela estilística: se trata de una carga psíquica sobre plasmación lingüística. Buffon al decir que *el estilo es el hombre* implica de manera tácita, entre otras cosas, que el estilo es la manera de ser, el medio de expresar el pensamiento y la personalidad por medio de las palabras y las construcciones (gramática y el léxico), pues la gramática y el léxico también son marcas estilísticas.

Para un narrador, elementos como el lenguaje, los temas que elige, los personajes que crea, las figuras retóricas, las estrategias del discurso que emplea,

las construcciones gramaticales y el repertorio de palabras conforman su estilo, manifestando su personalidad.

## EL JUEGO GRAMATICAL DE DYLAN A. MARTÍNEZ

“Como toda creación, esos poetas nacieron de un juego.

El arte es un juego —y otras cosas.

Pero sin juego no hay arte.”

Octavio Paz.

El primer cuento de la antología que presento es *Mi cumpleaños*, de Dylan A. Martínez. La historia comienza con el personaje principal sentado en la azotea de su casa, mientras va dando cuenta de que su esposa e hijas han muerto, por esta razón ha estado padeciendo de insomnio. Al día siguiente, día de su cumpleaños, se percató de que no tuvo la pesadilla acostumbrada que lo muerde cada noche después de la muerte de sus seres queridos. A pesar de que está desempleado, sale, con cierto ánimo, en busca de un trabajo; antes pasa a una tienda a tratar de pedir fiado algo que comer. Enseguida va a solicitar trabajo en varias empresas, pero es rechazado en todas. El poco ánimo comienza a decaer; pero, aún así, el protagonista hace un último intento, pues va a un lugar a pedir trabajo en el que, desde la entrada, se nota que es un fiasco: un edificio viejo y con olor a humedad. Cuando llega al departamento de reclutamiento, una mujer se le insinúa; lo entrevistan y al final le piden que deje un depósito para que le den a cambio unos perfumes que deberá vender. Cuando sale de ese sitio, su ánimo ha desaparecido. La decepción, el hambre y el calor hacen mella en el personaje, quien después de tener una alucinación se quita la vida.

La sensibilidad de Dylan Martínez se compromete con un ámbito desolador, por medio de juegos gramaticales y léxicos que violentan la normatividad de la lengua. Mediante un vocabulario sencillo, con palabras propias de la cotidianidad mi heterónimo aborda el tema de la desesperanza. Quizá sea el autor con el estilo más desarticulado, en apariencia, ya que inicia su cuento con errores gramaticales para sugerir el entrecruzamiento de ámbitos como son la alucinación y la vigilia: *Ustedes se fueron dejándote solo*, es la frase que se repite a sí mismo el protagonista desde el principio hasta el final de la narración. Cuando usa la segunda persona del plural (*Ustedes*), indica en realidad una tercera (*Ellas*: la esposa y las hijas muertas). Al abrir un texto que presenta violaciones gramaticales hay una provocación, pues el lector puede evocar alteraciones psíquicas en el personaje. Esto es un rasgo característico importante en el cuento de Dylan, y lo mantiene a lo largo del texto: *Cuando estabas en el hotel con Usted*. No es un error gramatical accidental, hay una intención para señalar un estado de ánimo.

Otra de las características que hay que puntualizar de este autor, es que usa oraciones cortas entre un punto y otro. En su texto abundan las oraciones yuxtapuestas, es decir, recurre a la figura del asíndeton, que consiste en la omisión de las conjunciones y/o cohesionadores, cuyo efecto ya lo señalaba Longino, pues a su parecer cuando “[...] las palabras libres de enlace con otras, caen y se derraman [...] producen la impresión de esa agitación que, a un mismo tiempo, obstaculiza la marcha y empuja hacia adelante” (Longino: 104) provocando en el lector una fluidez rítmica, que le da velocidad al texto.

Por ejemplo, en el primer párrafo:

Ustedes están allá arriba, en alguna parte. No donde las enterraron. Sí, Ustedes se fueron dejándote solo. Sientes miedo. Un frío recorre tu nuca. ¿Para qué habrán muerto Ustedes? No quieres dormir. Le temes a esa pesadilla. La que empezó aquella noche en que regresaste del panteón a casa.

El texto aunque es veloz, intenta no quedarse en la superficialidad del asunto. Con la pregunta *¿Para qué habrán muerto Ustedes?*, el personaje trata de encontrar un sentido a la muerte y, de paso, pone en estado de alerta al receptor. El vocabulario sencillo, las oraciones yuxtapuestas y algunas oraciones simples, permiten avanzar sintiendo la profundidad del asunto, pues la unión de las oraciones yuxtapuestas y los errores gramaticales expresan una perturbación mental y emocional del personaje narrador.

La voz narrativa emplea una segunda persona, en tiempo presente, para sostener un soliloquio en donde el personaje dialoga consigo mismo. Durante la narración se avanza rápido por las características mencionadas arriba; sin embargo, simultáneamente el transcurrir de la acción exterior es lento. La acción ocurre interiormente, se da dentro del personaje. El supuesto diálogo en segunda persona ayuda a esa sensación de movimiento interior.

La figura del narrador, como han explicado teóricos como Óscar Tacca, es una creación del autor; por lo tanto, también es un recurso. Dylan fabuló un narrador-personaje perturbado que no toma distancia emocional de la historia que vive. Tacca lo llama narrador equisciente, pues conoce la historia narrada tanto como el personaje (Tacca: 72). Desde la primera persona, éste personaje-narrador emplea la segunda para falsear la primera y sugerir una perturbación psíquica,

originada por desastres emocionales que el lector va conociendo durante la lectura de la narración. Genette lo encasillaría o le otorgaría el grado de narrador homodiegético, porque participa en la narración que cuenta.

Cronológicamente la historia es lineal, pero existen momentos de anacronía. Luz Aurora Pimentel, en su libro *Relato en perspectiva*, afirma que la anacronía es la ruptura causada por una relación discrepante de los sucesos en el tiempo diegético [o *tiempo de la historia*] y su orden en el tiempo del discurso. Cabe señalar, que existen principalmente dos tipos de anacronías: La analepsis, que es una ruptura para referir un acontecimiento en el pasado de la narración diegética y la prolepsis que irrumpe para anunciar un suceso posterior al tiempo de la narración que se está en el texto. (Cf. Pimentel: 44) Algunos extractos del cuento de *Mi cumpleaños* son buen ejemplo para identificar dentro de la diégesis, narrada en tiempo presente, lo aclarado por Pimentel sobre las analepsis, aquí subrayadas:

Sacas de tu mochila el libro que te regaló Usted: “Toma, amor, igual y nos sacas de pobres”.

[...]

Pasas por las mismas calles que frecuentabas con Usted. Comienzas a buscarla. Crees verla, aunque sólo es el fantasma que se ha quedado allí, inmóvil. Ves su figura detrás de un aparador, viste aquel traje gris entallado y su mascada azul atada al cuello, como aquella vez que la conociste en una fiesta.

[...] Llegas al hotel que solías visitar con Usted, cuando eran novios y aún estando casados. Recorres con la mirada todo el hotel. Cada que entraban a uno de esos cuartos se separaban del mundo, no había nada más que dos convertidos en uno.

Intuyes que en algún punto en el tiempo, en este mismo instante, sigue ocurriendo, sigues abrazado a Usted, sigues haciéndole el amor.

En cuanto al tiempo exterior u objetivo, éste descansa en el devenir externo del personaje, quien sale de casa para buscar trabajo: primero subraya en el periódico las empresas que visitará, después va a unas oficinas, luego va a pararse frente a un hotel, y por último se dirige al metro. Son tres acciones, que están desarrolladas en muy poco espacio y en muy poco tiempo. Sin embargo, la acción interior tiene un peso psíquico mayor en el personaje, pues su duración es subjetiva y se constituye por evocaciones de la memoria.

Es de considerar que Dylan, en *Mi cumpleaños*, busca una manera de mostrar los estados emocionales de su protagonista. Todo lo hace a través de las descripciones: como el hambre, la sensación de dolor en el estómago cuando come, el sudor sobre su rostro.

[...] Eructas, regurgitas bilis. Entrás a la tienda y le pides fiado un cuarto de jamón al encargado, te lo da, aunque te amenaza diciendo: “Es lo último que le puedo prestar, joven, su cuenta ya está muy grande”. No tienes a quién más recurrir. Tragas sin masticar. Salen de tu estomago sonidos chillantes, te llevas la mano a él.

[...] Caminas recordando tu primer trabajo, lavando autos en un estacionamiento los fines de semana, empapado de los pies, con un frío que te impedía caminar. Añoras, con este calor, tenerlos un poco mojados. Aflojas tu corbata. Aprietas el paso por la gran avenida, el sol sigue ensañándose contigo, quiere aplastarte. Limpias tu sudor con el pañuelo [...]

Este recurso sume al lector en un estado similar al del protagonista.

Así pues, la estructura de la historia, técnicas como el asíndeton, los errores gramaticales y el narrador en segunda persona, así como las anacronías, y el empleo de la descripción causan el efecto de perturbación y desesperanza, al tiempo que permiten atisbar con cierta profundidad en la situación. De alguna manera este tipo de recursos ayudan a representar una situación psíquica y objetivamente trágica.

Por otra parte, se percibe que el personaje cuenta la historia como una necesidad; como si buscara, al narrar, poner fin al caos que sufre. Es una suerte de purga, de expulsión de dolor; confesión no moral, no religiosa, sino un desahogo liberador, catártico.

**OTRO ESTILO: KELY**

En el otro lado de la moneda, nos encontramos con *Ganashi*, de Kely López Camacho. Única autora que no presenta su autobiografía. El antologador es el encargado de escribirla, pues a decir de él, ella murió poco tiempo antes de que viera publicado su cuento. En esta narración, de casi quince cuartillas, encontramos una historia lineal de tema y momento histórico completamente diferente a *Mi cumpleaños*.

La trama versa sobre Ganashi, un usurero hindú que es despreciado por todo el poblado en el que vive. Una noche llega un visitante y esta visita da un giro en la vida del protagonista. Días después, Ganashi, decide ir a buscar al que llaman Buda, su padre. Durante esta travesía conoce a Shanti, una mujer de quien se enamora. Durante el trayecto ella también se enamora de él y tienen un encuentro erótico. Al día siguiente, son asaltados por un par de rufianes que amenazan a Ganashi con matar a Shanti si él no les entrega sus pertenencias. El protagonista así lo hace y la pareja continúa su trayecto. Al final, el usurero se reencuentra con su padre, el Buda, quien reconoce a su hijo y habla con él. Después de este encuentro, Ganashi pierde de vista a Shanti y va en su búsqueda. Al momento de hallarla, la descubre con otro, último detonador para que Ganashi deje por completo su mezquina vida de usurero.

La voz narrativa está en tercera persona con una visión omnisciente, en tiempo pretérito. De igual manera, utiliza, para presentar la oralidad de los

personajes, el estilo directo al valerse de los diálogos y acerca los personajes al lector.

Creo preciso destacar el uso del narrador omnisciente, puesto que considero que este recurso presenta diversas características y su empleo implica algunas dificultades para un escritor. Sobre todo, en cuanto a su posición, este ente se encuentra fuera de la historia y habla en tercera persona sin mención de sí mismo; su voz se “escucha”, sin embargo, esta voz no se identifica con ningún personaje, se puede decir que no se sabe de dónde proviene. Por otro lado, este locutor omnisciente tiene conocimiento pleno, o casi, de la historia así como de los personajes en cuanto a su aspecto físico, su ámbito social y la esfera de su psicología; de igual manera, conoce todos los acontecimientos, así como el tiempo y el espacio en que se desarrollan o se llevan a cabo las acciones, etc. Alberto Paredes en su libro *Las voces del relato* lo llama “Narrador omnisapiente”, y es *una presencia pura narrativa*. (Paredes: 35-36)

A diferencia de *Mi cumpleaños*, el cuento de *Ganashi*, utiliza otro tipo de juegos sintácticos, por ejemplo, el uso de figuras retóricas como la anáfora, que consiste en la repetición de palabras. En el caso de Kely, este recurso es utilizado con vocablos e ideas, y pretende causar cierta hipnosis en el lector:

Ella se separó un poco y sus miradas quedaron prendidas en ese instante, ambas exploraban algo desconocido, algo que nunca habían visto en otras miradas. Así permanecieron uno, dos, tres minutos, sólo tres minutos que para ellos pasaron desapercibidos, tres minutos que se perdieron en la inmensidad del tiempo. Tres minutos que nunca recuperarían. Tres minutos

que siempre iban a recordar. Tres minutos sintiendo la respiración el uno del otro que, por lapsos, se agitaba.

Es, quizá, de todos los cuentos, el único que tiene una ambientación diferente, pues se trata de un trayecto espiritual del personaje principal, durante una época indeterminada, ubicada en la India y vinculada a la cultura budista. Un antecedente de esta historia lo obtenemos en *Siddartha*, del premio Nobel de Literatura Herman Hesse. Incluso pareciera ser que Ganashi es el hijo de Siddartha, el personaje protagonista de la novela de Hesse. En este relato existe un supuesto hijo, pero éste desaparece de la historia. Tengo la hipótesis de que Kelly retoma al hijo de Siddartha y lo desarrolla, aun cuando no aparecen referencias intertextuales obvias en el relato de la autora.

La propuesta de Kelly es que el narrador omnisciente, así como el estilo directo (al valerse de los diálogos para darnos un acercamiento a los personajes), la estructura de la historia y técnicas retóricas como la anáfora, causan el efecto de esperanza perdurable y, al mismo tiempo, permiten atisbar con cierta profundidad en la situación.

### AXEL BERNAL Y *LA GORDA*

El tercer heterónimo que presento aquí se llama Axel Bernal, quien ofrece dos narraciones. En la primera, *La gorda*, cuenta la historia de una mujer que, desde muy joven, sale de su pueblo cuando es violada por un tío y, después de enfrentarlo, huye hacia la ciudad de México, en donde conoce a una mujer que le da cobijo. Sin embargo, el nieto de ésta es quien la introduce en el llamado trabajo más antiguo del mundo, llevándola a un estilo de vida que se resignó a ejercer.

En esta pequeña historia, mi heterónimo, Axel Bernal, crea un relato testimonial que está a cargo de un narrador homodiegético, cuyas características fueron explicadas en el análisis del relato de Dylan Martínez; Genette subdivide a esta categoría en dos, el narrador *intradiegético* y, el que nos atañe, el *autodiegético*. Genette considera que esta última figura narrativa es aquella en que, la primera persona, se utiliza específicamente en “las narraciones autobiográficas y confesionales; el monólogo interior y las narraciones epistolares o en forma de diario.” (Cf. Pimentel: 137) Por medio de esta voz, el relato de *La gorda* arranca mediante una pregunta retórica lanzada por su protagonista a un destinatario incierto: *¿Que desde cuándo soy puta?* La sola pregunta no es más que una figura de pensamiento por la cual el emisor finge preguntar al receptor, consultándolo y dando por hecho que hallará en él coincidencia de criterio; pero en realidad no hay respuesta y sirve para reafirmar lo que se dice. (Beristáin: 268) Por otro lado, la pregunta retórica hace posible que la historia sea presentada por medio de una analepsis para trasladarnos por las andanzas de la protagonista,

provocando, en el ánimo del lector, los sentimientos de abuso, ultraje y la humillación que sufre el personaje, así como el de la venganza:

¿Que desde cuándo soy puta?, ¿eso me estás preguntando? Pregúntame bien; las cosas por su nombre. ¿Desde dónde quieres que te cuente? ¿Me invitas un café? En el hotelito venden uno muy rico. Me salí del pueblo bien chamaca. Me vine pa'cá, porque mi tío siempre estaba chingue y chingue. Al principio que me apendejo y que le aflojo las nalgas, ya después no quise y me agarraba a chingadazos; como no tenía a nadie que me defendiera, que me hago justicia por mi propia mano, tenía doce años. Un día cuando regresé a la casa, de la escuela, allá en mi pueblo; allí estaba el muy cabrón: “venga a sentarse aquí en mis piernas, mi hijita, orita que no está su tía”. Y allí fue cuando pensé: “Ora es cuando”. Pa' no hacerte el cuento largo me las arreglé para llevármelo al monte, lo engañé diciéndole que pa' sentirme más segura de que no llegara mi tía y pus no nos viera, que mejor nos fuéramos pa'l cerro. Ya que llegamos, se bajó los pantalones y me hincó a la fuerza. Terminó en mi boca. Le dije que me iba a lavar en el río y cuando regresé, estaba bien dormido; que veo una piedrota, besé su frente, alcé con todas mis fuerzas la roca y que se la dejo caer en la cabezota. Aún recuerdo cómo se oyó el crujido.

Por otro lado, el recurso del habla coloquial, propio de un barrio de la Ciudad de México, llama la atención sobre sí mismo. Lo importante no es tanto lo que se dice, sino cómo se dice. Cualquier autor, en este caso Axel Bernal, al construir su mensaje, selecciona las palabras, las inflexiones de la voz o los tipos de oraciones para conseguir una transmisión más eficaz de aquello que pretende comunicar con su historia.

Con el uso de esta técnica, es decir, el empleo del habla, la coloquialidad, así como el uso de un narrador homodiegético; el soliloquio y el empleo de la analepsis, Axel acude a técnicas que permiten conocer la intimidad del narrador autodiegético; además, al valerse de la coloquialidad, en voz del personaje, consigue un tono que, por una parte, comunica el alejamiento emocional de la protagonista y, hasta cierto punto, una racionalidad. Por otro lado, el discurso de *La gorda* se va cargando de rencor, y un sentimiento que, sin buscar metáforas sofisticadas, hacen verosímil al personaje. Es, pues, un coloquialismo adecuado a la protagonista, que cuenta, sin ningún sentimentalismo o ninguna visión de víctima, cómo fue violada por su tío.

## BITÁCORA

“Escribimos para ser lo que somos o para aquello que no somos.  
Y si tenemos la suerte de encontrarnos —señal de creación-,  
descubriremos que somos un desconocido.  
Siempre el otro, siempre él, inseparable, ajeno, con tu cara y  
la mía, tú siempre conmigo y siempre solo.”  
Octavio Paz.

### EL PROCESO CREATIVO DE DYLAN A. MARTÍNEZ

Crear el cuento de *Mi cumpleaños* fue un procedimiento largo. Me llevó aproximadamente tres años. En los principios de mis estudios de Creación Literaria comprendí que las emociones cumplen una función vital en lo que uno escribe. Cuando llevé a cabo la escritura de ese cuento, que no fue más que una bocanada de letras y frases confusas de no más de media página, tenía que “sacar” una sola emoción: El miedo.

En esa primera versión, recuerdo, sólo narraba la historia de un hombre solitario que despertaba el día de su cumpleaños y que, al mirarse en el espejo, se veía ansioso y desesperado por encontrar trabajo, pero ante la frustración de no encontrarlo terminaba por quitarse la vida lanzándose a las vías del metro. Cuando esto sucedía, él abría los ojos frente al espejo y allí terminaba la narración. Guardé en mi computadora el texto y, un año después, lo encontré de nueva cuenta. Lo releí y noté que la historia daba para mucho más, entonces decidí hacer algunos cambios. Por ejemplo, que la situación imaginada frente a un

espejo, dejara de serlo y ocurriera de modo real. También añadí más vivencias al día de este hombre en su andar: La visita a la tienda para pedir prestado, el rechazo a donde va a pedir trabajo y, por primera vez, la añoranza de una vida pasada. El final del cuento no fue modificado; pero una vez más, guardé el texto y no supe de él hasta el año siguiente.

La tercera ocasión que saqué de mis archivos esta narración fue para darle más coherencia y vida al personaje principal. Visto desde otra perspectiva y ya no tan afín e inmiscuido con la emoción principal decidí agregar más datos a la historia para fortalecer el argumento. En este punto añadí, por medio de analepsis, empleos anteriores, la muerte de su esposa y de sus hijas, una entrevista de trabajo, y el hotel al que se escapaba con su esposa. El desenlace permaneció igual. Luego de esa reescritura se lo di a leer, por primera vez, a alguien para escuchar su punto de vista. Los comentarios no fueron nada alentadores. Es un lugar común, me dijo ese alguien. Así que lo guardé y no quise volver a saber del cuento y seguí con mis estudios y lecturas, no obstante, mi cabeza no dejó de pensar en cómo romper el lugar común, y no sólo con este cuento, sino con todo lo que escribía. En consecuencia, inicié un ejercicio en el que creaba juegos gramaticales escritos y orales para renovar lo consabido. Llegó a ser una especie de obsesión, sin embargo, *a posteriori*, gracias a ello, y a unas lecturas de Cortázar, re-escribí *Mi cumpleaños*.

El primer cambio radical fue trasladar la historia, que en un inicio estaba narrada en primera persona, a segunda. Después disfracé las terceras personas gramaticales por segundas, es decir, aparecen frases y oraciones en donde el sujeto está en tercera persona, pero el verbo se presenta conjugado en segunda

para, de alguna manera, provocar y atraer la atención del lector por medio de una confusión gramatical. Integré y quité actividades en la historia del personaje e intenté crear una atmósfera sórdida muy diferente a la inicial. Tomé distancia emocional del primer texto y me acerqué con más racionalidad. Una vez hecho todo esto, vinieron las revisiones de maestras, amigos, compañeros y familiares, que con sus observaciones, sugerencias y correcciones me ayudaron a tener, por fin, un cuento.

### UN PROCEDIMIENTO DISTINTO: **GANASHI**

Tardé dos años en escribir *Ganashi*. El método de creación fue completamente distinto a *Mi cumpleaños* y *La Gorda*, ya que esa narración requirió investigación histórica de costumbres indo-budistas. Durante el transcurso de la licenciatura en Creación Literaria, se estudian distintos momentos históricos de la literatura y, cuando *Ganashi* nació, me encontraba cursando la materia de Literaturas de la Antigüedad. Al estudiar la literatura de la India quedé prendado de su cultura. Así que decidí profundizar más en el tema. Investigué todo lo que estuvo a mi alcance: libros, revistas, páginas web, sobre todo, me enfoqué en hacer una comparación entre la India antigua y la moderna. Asimismo, estudié un poco de su filosofía. Ya con toda la documentación formé un *storyline* con un argumento sencillo en el que se basa la historia: un usurero mal visto por todos los de su región, que por diversas circunstancias cambia su manera de ver la vida. Después empleé un método que sólo había utilizado para crear guiones: una escaleta, es decir, una enumeración y descripción de los sucesos importantes o *giros* de la historia, que acontecerían paulatinamente durante la narración.

El primer reto con el que me encontré fue el lenguaje que emplearía para la narración. Primeramente la voz narrativa y después las voces de los personajes. No obstante, tener ya formada la historia, y saber dónde finalizaría, así como los personajes bien definidos, me permitió que, durante el curso de la escritura, ellos adquirieran los matices y coloquialismos necesarios.

La primera versión de este cuento contaba con cerca de treinta cuartillas. Un exceso. Después de encajonarlo un año, lo retomé y le quité toda la “paja” que

contenía: redundancias, palabras mal empleadas y diatribas sueltas que no llevaban a nada. Así, el texto, se redujo a veinte cuartillas, pero no quedó allí. En ese momento consideré dárselo a leer a dos amigos escritores y, cuando me devolvieron el texto, quedé vapuleado con sus observaciones, así que decidí dejarlo en paz. Seis meses después, José, uno de los dos verdugos lectores, me preguntó que dónde había quedado esa historia, después de decirle que la había abandonado no sé dónde, me dijo que sí valía la pena, pero que había que hacerle los ajustes necesarios para que funcionara.

Retomé el cuento, lo acorté mucho más y recibió la aprobación de mis dos enérgicos lectores y de maestras.

Haber creado estos y los otros cuentos que aparecen en mi antología, me dejó muchas enseñanzas; por ejemplo, utilizar métodos distintos, planificar, investigar, corregir los muchos errores, escoger las palabras exactas, hacer caso a las recomendaciones y, sobre todo, dejar oír, en cada uno de los cuentos, la voz del corazón. Esa voz que permite ver que aquello que se está escribiendo es real.

### **CUANDO AXEL BERNAL CONOCIÓ A LA GORDA**

*La gorda*, de Axel Bernal, tuvo un proceso creativo no tan largo como el anterior. En cierta medida, el maestro Hugo Hirirat, fue quien me indujo a realizar este trabajo, pues en una plática sostenida con él, le comenté que la noche anterior había pasado por una zona de prostitutas y que se me había hecho raro ver que una de ellas no entraba en el canon estético que existía en ese corredor, pues era una persona de edad madura y su sobrepeso era más que evidente a la poca luz que había en el lugar. En aquél momento, el maestro Hiriart tenía en mente un proyecto llamado Teatro Testimonial, que consistía en llevar a escena, la vida de una persona común y corriente que, aparentemente, no tenía nada qué contar, pero que su historia de vida podía llegar a interesar o hasta sorprender. Así pues, Hiriart me retó a conseguir la biografía en la propia voz de la prostituta. Después de varias noches de buscarla y, cuando estaba a punto de tirar la toalla, la encontré. Faltaba que quisiera darme la entrevista. No sin temor, me acerqué a ella y sin ánimos de reportero ni pretensión alguna le ofrecí sólo una pequeña cantidad de dinero para sostener una plática sin nada más de por medio. Antonieta, como dijo llamarse, vestía una minifalda de licra negra que dejaba ver perfectamente el contorno de su inconmensurable trasero, sostenido por dos imponentes muslos. A pesar del frío de la noche, recuerdo, sólo llevaba puesta una chamarra de mezclilla y, debajo de ésta, un top blanco que dejaba expuesta, a la intemperie, la excepcional flacidez de su panza. A simple vista parecía más joven, no obstante, al acercarme más a ella y, a pesar del exceso de maquillaje,

las arrugas y cicatrices en su cara daban cuenta de una mujer alrededor de los cincuenta años. Con el tono grave de su voz me ofreció sus servicios, le dije que sólo quería estar allí, un rato, platicando, y le ofrecí un billete de cien pesos. Ella accedió y sostuvimos una conversación de no más de cuarenta minutos en los que Antonieta no paró de hablar. Así que la entrevistada me facilitó mucho las cosas. Hubo ciertos momentos, durante la conversación, en los que percibía cierto aire de mentira. Nuestra charla terminó debido a la llegada de un “cliente”. “Luego vienes, pa’ seguir platicando”, me dijo y se marchó.

Los tres días siguientes me dediqué a transcribir, de memoria, la charla sostenida con la mujer. El siguiente reto con el que me topé después de capturar siete cuartillas de testimonio, fue darle coherencia y, sobre todo, hacer que el monólogo no rebasara las tres páginas y se concentrara en una sola anécdota, una sola línea argumental. Muchas han sido las veces en que he tenido que recortar, al máximo, las historias que escribo, sin embargo, en esta ocasión, eliminé varias “cosas” del texto que, tiempo después, fue integrado por Hugo Hiriart con otras siete historias de mis colegas de la licenciatura en Creación Literaria en una obra teatral llamada *Sebo de Coyote*.

## LOS HETERÓNIMOS

La idea de mis heterónimos surge en una clase llamada Crítica Literaria, impartida por Adriana Jiménez. Como trabajo final, para certificar la materia, debíamos entregar una reseña crítica de una supuesta antología, ya fuera ajena o propia. Elegí la segunda opción. Sin embargo, al darme cuenta de que mi compilación era algo poco original, me di a la tarea de buscar algo que la hiciera diferente. Entregué mi certificación y fue bien recibida, no obstante, resolví, en ese momento, llevarla más allá de esa etapa, así que resolví hacerla mi trabajo recepcional de la licenciatura en Creación Literaria. Los cuentos ya estaban, a algunos les faltaba trabajo, pero sabía que con la ayuda de mis amigos y maestros, resolvería esa parte. Al hacer, pues, mi compilación, me percaté de que ninguno de los cuentos se parecían, salvo uno o dos, y ante tal heterogeneidad resolví que fueran pseudónimos quienes presentaran los textos. De esta manera, comencé por crear sus nombres, y me divertí mucho, pues en realidad son una ironía sobre la manera en que empezaron a bautizar -en ciertos sectores de la Ciudad de México- a sus hijos como los protagonistas de una serie televisiva de Estados Unidos llamada Beverly Hills 90210. De pronto, en nuestro país se comenzaban a oír nombres como el de Brandon Miguel, Dylan Pérez, entre otros. Me parecía grotesco, y chistoso a la vez, darme cuenta hasta dónde podía influir la serie.

Una vez bautizados mis supuestos autores, me percaté que el juego podía ir más allá, así que decidí crear la biografía de cada uno de ellos; no obstante,

para darles más “consistencia” real, les otorgué un día de nacimiento, claro, acorde a las fechas en que la serie de televisión apareció –mediados de los noventas del siglo pasado-, acto seguido ingresé con estos datos en un sitio de internet que se dedica a hacer cartas astrales, y con base en éstas pensé en la manera de ser y el andar por la vida de cada autor; había que averiguar si era muy impulsivo o inquieto, o cómo se manejaba ante las adversidades, y a qué debería dedicarse si es que no lo estaba haciendo, y un sinnúmero de cosas que beneficiaron la creación de mis, ahora, heterónimos. Una vez conformados, en esa ocasión, hice que cada uno de ellos escribiera su biografía.

Dylan A. Martínez, resultó ser hijo de padres migrantes ilegales en Estados Unidos, quienes fueron deportados cuando Dylan tenía diez años de edad. Su hábito de la escritura es herencia de su madre.

Axel Bernal, creativo, experimental, nació en el Distrito Federal, sin embargo, reside en Berlín. Después de salir de la preparatoria decidió viajar de “mochilazo” por Europa, y fue en ese país donde pudo quedarse por un tiempo. Ejercita su escritura en revistas electrónicas y “blogs” con las crónicas de sus viajes, cuentos y relatos.

Yeisson Torres, es un autor arrogante, minimalista y multifacético nacido en la Ciudad de México. Estudió bioquímica, sin embargo, según sus palabras fue “un resbalón”. Lo que a Yeisson le gusta es el rock, y escribir como método para tratar de cambiar al mundo. Quizá de todos los autores, es éste quien ha publicado más.

Braian Montiel Ramírez es autodidacta por convicción, pues argumenta que ningún maestro le ha enseñado bien a bien lo que se debe aprender. Hijo de

madre soltera, Braian, es un escritor metódico, que cambió los videojuegos por la lectura y la escritura. Hábitos que llenan los espacios que su padre no satisfizo.

Kely López Camacho, única autora que no escribe su biografía, pues, a decir del antologador, ella murió poco antes de ver publicado su cuento. Desde muy pequeña, Kely, quien vivía con su abuela, se dedicó a escribir para exorcizar sus demonios. Solitaria, lectora compulsiva y, sobre todo un gran ser humano.

Ellos son mis cinco heterónimos y, ellos mismos, conforme escribían su historia de vida y relataban cómo habían llegado a mi antología, también me hicieron ver cuál cuento había escrito cada uno de ellos. No son antifaces literarios, ni pseudónimos. Ellos tienen su propia personalidad.

### A MANERA DE CONCLUSIÓN

El neologismo heterónimo fue creado por Fernando Pessoa y tiene una etimología: *Ónoma* y *Héteros* que quieren decir distinto nombre. En el ámbito literario la heteronimia se expresa cuando un autor escribe con nombres y personalidades distintas. El escritor portugués lo llama *poder de despersonalización dramática*. El heterónimo no es un pseudónimo, pues éste es un nombre falso con el cual un autor firma una obra, es un alias narrativo. La heteronimia, en cambio, crea a un *nuevo autor*, que responde a un estilo individual y un género con una poética propia.

La presencia de la heteronimia va a la par de la historia literaria moderna. Tenemos la referencia primigenia o embrionaria en *El Quijote*, pues a juzgar por lo que Cervantes cuenta, el autor original de su obra más popular fue Cide Hamete de Benengeli. Lope de Vega, Machado, Mario Puzo y Boris Vian también utilizaron este recurso.

El estilo de cada uno de los heterónimos es aquello que puede marcar una o más alteridades, o bien un ser de conciencias múltiples y así, cuando un lector lee heterónimos, evoca personalidades autorales distintas. Este fenómeno se logra gracias a las técnicas que un autor es capaz de desplegar, sumadas a una emocionalidad y originalidad individuales.

El heterónimo Dylan A. Martínez utilizó un juego gramatical en el que empleó un narrador en segunda persona, técnicas como el asíndeton, la estructura de la historia, errores gramaticales intencionados y anacronías, para

causar un efecto de perturbación y desesperanza, lo que debe permitir atisbar con cierta profundidad en la situación. Kely López privilegia en su cuento la figura del narrador omnisciente y cierto tipo de juegos retóricos como la anáfora.

En *Axel Bernal* y su *Gorda*, el empleo de la oralidad es fundamental en esta narración así como el uso de un narrador homodiegético, en un soliloquio que emplea la analepsis. El coloquialismo es adecuado al personaje, que cuenta, sin ningún sentimentalismo, ni explotación del papel de víctima y cómo fue violada por su tío.

Finalmente, en el proceso de creación, estos heterónimos, una vez conformados, “escribieron” sus biografías. Dylan A. Martínez, Axel Bernal, Yeisson Torres, Braian Montiel Ramírez y Kely López Camacho son mis otros yo y, como había afirmado, conforme iban escribiendo su historia de vida y relatando cómo habían llegado a aparecer en mi antología, también me hicieron ver cuál cuento había escrito cada uno de ellos y, a partir de cada texto, fue preciso inferir una zona de su visión del mundo y de la vida. No son antifaces literarios, ni pseudónimos, ni autores apócrifos. Ellos tienen su propia personalidad.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

### TEÓRICOS

- Barthes, Roland et al. *Análisis estructural del relato*. Buenos Aires: Tiempo contemporáneo, 1970.
- \_\_\_\_\_ *La preparación de la novela*. México: Siglo XXI, 2005.
- Genette, Gerard. *Figuras III*. Madrid: Lumen, 1989.
- Paredes, Alberto. *Abismos de papel "Los cuentos de Julio Cortazar"*. México: UNAM, 2005.
- \_\_\_\_\_ *Las voces del relato*. México: Universidad Veracruzana, 1987.
- Pimentel, Luz Aurora. *El relato en perspectiva*. México: UNAM-Siglo XXI editores, segunda edición, 2002.
- Tacca, Oscar. *Las voces de la novela*. Madrid: Gredos, 1973.
- Todorov, Tzvetan. *Introducción a la literatura fantástica*. México: Premiá, 1987.

### CRÍTICOS

- Anderson Imbert, Enrique. *Teoría y técnica del cuento*. Barcelona: Ariel, 1999.
- Eco, Umberto. *La definición del arte*. Madrid: Martínez Roca, 1970.
- \_\_\_\_\_ *Sobre literatura*. Barcelona: Océano, 2002.
- Leclerc, Georges-Louis. *Discurso sobre el estilo*. México: UNAM, 2004.
- Longino. *De lo sublime*. Buenos Aires: Aguilar, 1972.
- Muir, Edwin. *La estructura de la novela*. México: UAM, 1984.
- Murry, Middleton J. *El Estilo Literario*. México: FCE,
- Pisanty, Valentina. *Cómo se lee un cuento popular*. Barcelona: Paidós, 1995.
- Viñas Piquer, David. *Historia de la crítica literaria*. Barcelona: Ariel, 2002.
- Zavala, Lauro. *La teoría del cuento*. México: UAM, segunda edición, 2010.

**CREADORES**

- Hiriart, Hugo. *El arte de perdurar*. México: Almadía, 2010.
- \_\_\_\_\_ *Discutibles fantasmas*. México: Era, 2007.
- King, Stephen. *Mientras escribo*. Barcelona, Plaza & Janés, 2001.
- O'Connor, Flannery, "El arte del cuento" en *Cómo se escribe un cuento*. Buenos Aires: El Ateneo, 1993.
- Paz, Octavio. *El desconocido de sí mismo*. México: UNAM, 2010.
- Pessoa, Fernando. *Antología poética*. Buenos Aires: Argonauta, 2009.
- Valencia, Tita. *Urgente decir te amo*. San Luís Potosí: El Colegio de San Luís, 2007.
- Vian, Boris. *Escupiré sobre vuestra tumba*. Barcelona: Círculo de lectores, 1989.

**DICCIONARIOS**

- Beristáin, Helena. *Diccionario de retórica y poética*. México: Porrúa, 2004.
- Moliner, María. *Diccionario de uso del español*. Madrid: Gredos, 2da edición, 2002.
- Real Academia Española. *Diccionario de la Lengua Española*. Madrid: Vigésima segunda edición, 2001.
- Martínez de Sousa, José. *Diccionario de redacción y estilo*. Madrid: Pirámide, 1997.
- Lázaro Carreter, Fernando. *Diccionario de términos filológicos*. Madrid: Gredos, 1998.
- Valles Calatrava, José R. *Diccionario de teoría de la narrativa*. Salobreña-Granada: Alhulia, 2002.
- Souriau, Etienne. *Diccionario de Estética*. Madrid: Akal, 1998.



# CÓMO MATAR PULGAS

ANTOLOGÍA RECOPIADA POR  
ENRIQUE ALDUCIN CAMACHO

*Estrella mi alma para ti  
Para ti Estrella mi alma  
Mi alma para ti Estrella  
Mi alma Estrella para ti  
Para ti mi alma Estrella  
Estrella para ti mi alma*

Gina:

Gilean y Evan no quisieron comer en la casa

Nos fuimos a comer pizza

y luego iremos al cine;

ellos decidirán.

Mientras llegamos, lee esto,

sí te aburre tíralo,

te Amo.

E.

## ÍNDICE

1. DYLAN A. MARTÍNEZ	
<i>MI CUMPLEAÑOS</i> .....	51
<i>TRES RAZONES</i> .....	55
2. AXEL BERNAL	
<i>LA GORDA</i> .....	60
<i>TZINTZUNTZAN</i> .....	63
3. YEISSON TORRES	
<i>AMOR DE DURAS MIRADAS CLAVAS EN MIS SUEÑOS</i> .....	69
<i>AMOR FINADO CON TU CENTRO</i> .....	73
4. BRAIAN MONTIEL RAMÍREZ	
<i>UN DÍA ANTES</i> .....	77
<i>MARIO</i> .....	87
5. KELY LÓPEZ CAMACHO	
<i>GANASHI</i> .....	97
6. BIOGRAFÍAS DE LOS AUTORES POR LOS AUTORES.....	111

## MI CUMPLEAÑOS

DYLAN A. MARTÍNEZ

USTEDES SE FUERON dejándote solo. ¿Aguantarás otra noche sin dormir? Estás en la azotea de tu casa. La noche está limpia, pocas veces se ve eso. Esa estrella fugaz que acaba de pasar ya no importa. Eructas un aire nauseabundo al negro cielo. Repites el ritual de todas las noches, desde la primera en que llegaste solo, sin tu esposa, sin tus hijas. Ustedes están allá arriba, en alguna parte. No donde las enterraron. Sí, Ustedes se fueron dejándote solo. Sientes miedo. Un frío recorre tu nuca. ¿Para qué habrán muerto Ustedes? No quieres dormir. Le temes a esa pesadilla. La que empezó aquella noche en que regresaste del panteón a casa. Corres y corres por ese pasillo, y al final de él, junto a las vías, están Ustedes jugando. No logras alcanzarlas. Sigues corriendo, les gritas que no se vayan, que esperen, que tú también quieres jugar con Ustedes. Desaparecen y terminas debajo de las llantas del metro.

Al despertar, ves el calendario, es tu cumpleaños. No tuviste la pesadilla, por fin dormiste como hace mucho no lo hacías y, como cuando eras pequeño, estás solo. Feliz cumpleaños.

Recobras un poco de energía. Te bañas. Miras en el espejo tu rostro casi decrepito: te afeitas. Secas tu cuerpo lento, te pones el único amargo traje que tienes en el ropero. Tomas la mochila, abres la puerta, el día es soleado. Eructas, regurgitas bilis. Entrás a la tienda y le pides fiado un cuarto de jamón al encargado, te lo da, aunque te amenaza diciendo: “Es lo último que le puedo

prestar, joven, su cuenta ya está muy grande”. No tienes a quién más recurrir. Tragas sin masticar. Salen de tu estomago sonidos chillantes, te llevas la mano a él. Caminas rumbo al metro.

Compras el periódico, lo abres en el aviso oportuno y encasillas, con un bolígrafo, posibles trabajos en los que igual puedes emplearte. No tienes experiencia. No quieres volver a ser intendente, todo menos volver a lavar excusados. Sacas de tu mochila el libro que te regaló Usted: “Toma, amor, igual y nos sacas de pobres”. Repasas las líneas que has subrayado más de una vez. Llegas a la primera empresa a donde hay una vacante. Adviertes que es difícil, y es cierto, te rechazan porque nunca has trabajado en nada de lo que allí piden. Mueves la cabeza lanzando un corto suspiro. Comprendes que es temprano, que tal vez, en otro, tengas suerte. Caminas recordando tu primer trabajo, lavando autos en un estacionamiento los fines de semana, empapado de los pies, con un frío que te impedía caminar. Añoras, con este calor, esa humedad. Aflojas tu corbata. Aprietas el paso por la gran avenida, el sol sigue ensañándose contigo, quiere aplastarte. Limpias tu sudor con el pañuelo que Usted te regaló: “Mira, lo bordé con tu nombre”.

Pasas por las mismas calles que frecuentabas con Usted. Comienzas a buscarla. Crees verla, aunque sólo es el fantasma que se ha quedado allí, inmóvil. Ves su figura detrás de un aparador, viste su traje gris y lleva la mascada azul atada al cuello, como aquella vez que la conociste en una fiesta. Su rostro brilla, su sonrisa hace que vayas hacia donde está, quieres acercarte y un tumulto de gente estorba el paso. Al llegar al aparador, notas que es un maniquí el que te hizo creer que veías a Usted. Aprietas los puños, tus ojos comienzan a

enrojecerse. Decides ir a la siguiente propuesta de empleo, ruegas por tener esta vez un poco más de suerte.

Ajustas tu corbata. Entrás en un edificio viejo, es la dirección correcta. Hueles la humedad que guardan las paredes después de ser limpiadas con jergas apestosas de mugre y clarasol. Entregas tu solicitud de trabajo e identificación, te piden que tomes asiento. Sientes malestar al estar sentado en un sillón sucio y húmedo. Esperas a ser entrevistado, no paras de mover los pies. Observas las desgastadas paredes y el escritorio que es gobernado por una gorda sudorosa. Oyes gritos de *hurra*, al otro lado de la pared. Vuelves a aflojar tu corbata, esta vez un poco menos. Notas que la obesa no te quita la mirada de encima, te guiña un ojo. Correspondes con una leve sonrisa. Comienzas a sudar. Aceptas el vaso de agua que la recepcionista te lleva hasta tu lugar. Sientes náuseas al ver cómo el excesivo maquillaje rosado tapa su pecoso y maltratado rostro. Le preguntas si aún tardarán mucho en atenderte. Es el que sigue, te responde. Pasas por una pequeña puerta y notas que las divisiones del cuarto están hechas con cortinas viejas. “El trabajo es suyo”, sin embargo, tienes que invertir un poco de dinero para que te den unos perfumes que venderás de casa en casa. Mientes al responder que regresarás al siguiente día, pues tienes que pedir prestado. No te regresa tu identificación, no encuentras pretextos para pedir que te la devuelvan. La gorda hedionda quiere volver a verte. Hará todo lo posible para que regreses. Haces una leve mueca de disgusto, y te vas, no te importa.

Sales a la calle, el sol pesa mucho más. Te quitas la corbata, la enrollas y la metes en el bolsillo de tu pantalón. Una lágrima se confunde con el sudor que no para de manar de tu piel. Palmeas una y otra vez tu cabeza. Llegas a un parque,

buscas una banca que esté debajo de un árbol. Pierdes la mirada en el suelo. Levantas la vista, notas que un par de niñas juegan a la pelota. No lo soportas, sales huyendo. Andas sin rumbo, ¿tejiste ideas vanas? Te duele el estómago. ¿El sueño termina o comienza? Es tu cumpleaños.

Llegas al hotel que solías visitar con Usted, cuando eran novios y aún estando casados. Recorres con la mirada todo el hotel. Cada que entraban a uno de esos cuartos se separaban del mundo, no había nada más que dos convertidos en uno. Intuyes que en algún punto en el tiempo, en este mismo instante, sigue ocurriendo, sigues abrazado a Usted, sigues haciéndole el amor. Jamás volverás a tener esas noches. Lo sabes. Caminas hacia el metro, está cerca. ¿Tendrá algún caso que regreses a casa? Comienzas a marearte. Vomitas y maldices a Dios. La cabeza te da vueltas. Se te nubla la vista. Crees que un velo de polvo estelar cae sobre ti. Estás en ese largo pasillo que te llevará al andén. Ves a Ustedes jugando al final del corredor. Junto a las vías. Aprietas el paso con torpeza. Les gritas que te esperen. Las quieres abrazar. También quieres jugar. Corres. No logras alcanzar a Ustedes. Das un salto. Por fin las alcanzas. Tu sueño ha comenzado.

## TRES RAZONES

NO EXISTE MEJOR hora para trabajar, tres de la madrugada y un puente que cruza un gran río. Sólo tengo tres razones para encontrarme aquí: la primera, porque es la hora en que Dios duerme. La segunda: porque al cliente lo que pida. Y la tercera: en un puente las balas llegan a su destino más rápido y los hombres son más lentos.

No me gusta hablar de las personas que tengo que matar, sin embargo, en esta ocasión sí lo haré: Jesús Bernal.

Es un tipo de quijada y boca grande. Lo apodan el Trompas. Aparte de ser así, el Trompas hace gran honor a su mote. Ya iban varias veces que soltaba su bocota con la policía, jodiéndose a varios colegas míos. Todo un personaje, muy perturbador. Comenzó a hacer daño, y aquí es donde entro. Lo que no diré es quién me encargó despacharlo. Yo no soy como el Trompas. Me pagaron muy buena lana y me dijeron cuándo y dónde tenía que acabar con él.

No hay mejor noche. Como las que me gustan: nada de viento, sin luna, ningún testigo. Un gran puente apenas alumbrado con faroles y el ronroneo del río que pasa debajo de mí.

Las tres de la madrugada y allí viene: Jesús Bernal. Camina trastabillando, parece una serpiente. En una mano trae una botella y no sé cuántas más dentro de él. Canta una canción que no conozco, y el maldito hipo que trae tampoco deja que la reconozca.

Varios metros antes de llegar a mí, se detiene y va hacia la cornisa en la que me encuentro esperándolo. No me ha visto. Allí se queda quieto murmurando y viendo no sé qué. Pasan tres minutos y el maldito trompudo comienza a cantarle al río. De pronto, tomándome por sorpresa, el muy estúpido se lanza al agua.

El golpe con el agua me hace reaccionar. Voy corriendo hasta el lugar de donde se ha lanzado. Me quito la ropa, los zapatos y, sin pensarlo, me dejo caer en algo que parece no tener fin. Olvido por completo el complejo de gato que tengo en contra del agua y es por tres razones: la primera es porque hace mucho dejé de tomarla, segunda por traicionera y la tercera porque pronto creará guerras.

Hace mucho que dejé de nadar, no obstante, es como cuando aprendes a andar en bicicleta, una vez que ya sabes, jamás lo olvidas. Voy nadando hasta él como puedo y me las arreglo para llevarlo a la orilla. Al principio se resiste un poco, pero lo logro. Lo dejo boca arriba, respira agitado. Yo hago lo mismo. Acto seguido, me visto con la ropa que había aventado desde el puente. El Trompas sigue tirado en el suelo. Enciendo un cigarro mientras se repone. Lanzo la colilla y noto que Jesús comienza a roncar y balbucea pidiendo una cobija. Trato de despertarlo llamándolo por su nombre pero no reacciona. Lo abofeteo. Al fin despierta. Se queda tambaleando y resopla:

–Esa... esa maldita... me ha engañado.

–¿Y quién no?

–¿Cómo?

Comienza a toser sin tener clemencia con sus cuerdas vocales.

–La maldita de mi mujer me ha dejado...

–¿Cuándo?

–¿Eh?

Aunque lo he sacado del río y se ha repuesto, no me escucha. Sigue borracho.

–Lo que sobran son mujeres –le dije.

–Claro... eso lo sé, pero como mi mujer no hay otra.

–Sí, claro, eso dicen todos los enamorados, pero créeme, mujeres como la tuya se pueden encontrar en cualquier esquina.

–¿Eh?

–Olvídalo.

El trompudo entona, de nueva cuenta, su maldito hipo. Se levanta y comienza a hipar más fuerte.

–Esa maldita puta... hip... me dejó por otro... hip. Por eso me emborraché.

–¿Para celebrarlo?

–No, para darme valor... hip, de matarme...

De la nada saca control y se queda parado frente de mí, se queda estático, viéndome. De pronto comienza a saltar y luego a sacudirse el agua como un perro.

–¡Hey, amigo, me está mojando!

–Ja, qué chistoso... hip, hace rato me quería morir y ora, ya no quiero.

¿Qué tal, eh?... hip.

–Suele pasar.

Una vez más comienza a brincar y a hacer una especie de ejercicios de calentamiento de algún torpe deporte, se estira de un lado para otro, se agacha un par de veces y levanta las rodillas. Parece todo un atleta.

–Oiga, hip... tengo frío, estoy muy mojado. ¿Qué le parece si nos vamos a tomar unos tragos?

–¿Más? –le pregunto algo sorprendido.

–¡Que se vaya al diablo mi mujer! Anímese... hip. Yo invito

–No.

–Ora, además se la debo, usted me salvó.

Una vez más ejerce su lado deportista, da saltos en un pie, luego en otro. Abre las piernas, levanta los brazos y los baja hasta tocar sus zapatos con las manos. Sigue salpicándome.

–¡Ah!, hip... lo han de estar esperando. Hip... ¿Casado?

–Cansado, mejor dicho.

–Me cayó usted rebién. Me salvó la vida. ¿Cómo me dijo que se llamaba?

–No se lo he dicho.

Él habla y habla, como si por una extraña razón le hubieran dado cuerda. Lo escucho, más bien, hago como que lo escucho. Se ha dado cuenta de que me está aburriendo y se da por vencido. Me da la mano y después de mil gracias me da las buenas noches.

–Hip, hasta luego, amigo. Deveras, amigo, muchas, hip.... gracias por salvar mi vida, amigo.

Y realmente así se despide, como si fuéramos buenos amigos. Después de dar unos cuantos pasos, le digo:

–Hasta luego, Jesús. Buenas noches.

Se detiene y gira para no darme la espalda.

–No recuerdo haberle dicho mi nombre. ¿Cómo es que lo sabe?

–Alguien que lo quiere me lo dijo.

–¿Cómo que alguien que me quiere?

–Que lo quiere muerto Trompas, o mejor dicho, Jesús Bernal.

–¿Quién es usted?

–Eso qué importa.

Saco mi revolver.

–¡Demonios!

Dejo salir una leve sonrisa.

–Pero... ¿Quién? ¿Por qué no me...

Estoy seguro de que por primera vez en su vida, no tuvo nada más que decir.

–¿Sabe? Quería saber qué se sentía salvar a alguien –le digo, sin dejar de apuntarle.

–Y... ¿qué?... ¿qué ha sentido?

–Frío, Trompas, mucho frío.

Camina hacia atrás, quiere escapar, veo su cara de miedo. He visto ese tipo de expresión decenas de veces, al principio sentía un poco de ternura. Los ojos se les ponen vidriosos. ¡Ja!, qué ironía, el mojado tiene la boca seca. Aprieto el gatillo. La bala lo impulsa para atrás. No tengo que aventarlo al agua, él cae en ella.

El río se lo lleva en silencio. Ya no tengo qué lanzarme para salvarlo. ¿Y saben por qué? Por tres malditas razones.

## LA GORDA

AXEL BERNAL

¿QUE DESDE CUÁNDO soy puta?, ¿eso me estás preguntando? Pregúntame bien; las cosas por su nombre. ¿Desde dónde quieres que te cuente? ¿Me invitas un café? En el hotelito venden uno muy rico.

Me salí del pueblo bien chamaca. Me vine pa'cá, porque mi tío siempre estaba chingue y chingue. Al principio que me apendejo y que le aflojo las nalgas, ya después no quise y me agarraba a chingadazos, como no tenía a nadie que me defendiera, que me hago justicia por mi propia mano, tenía doce años. Un día cuando regresé a la casa, de la escuela, allá en mi pueblo; allí estaba el muy cabrón: “venga a sentarse aquí en mis piernas, mi hijita, orita que no está su tía”. Y allí fue cuando pensé: “Ora es cuando”. Pa' no hacerte el cuento largo me las arreglé para llevármelo al monte, lo engañé diciéndole que pa' sentirme más segura de que no llegara mi tía y pus no nos viera, que mejor nos fuéramos pa'l cerro. Ya que llegamos, se bajó los pantalones y me hincó a la fuerza. Terminó en mi boca. Le dije que me iba a lavar en el río y cuando regresé, estaba bien dormido; que veo una piedrota, besé su frente, alcé con todas mis fuerzas la roca y que se la dejo caer en la cabezota. Aún recuerdo cómo se oyó el crujido.

Como que ya arreció el frío, ¿no, papi? Llévame al hotel, ¿no? Es que hoy ni me persigné y no tengo dónde quedarme. Ándale, mis servicios van de a gratis. Ái como me ves de gorda sé hacer unas buenas chambas, no te vayas con la finta. Ora ni mis clientes vinieron, ya ni porque es fin de año. Pues sí, cómo no,

como les pagaron su aguinaldo igual y se fueron con las perras de Viaducto. Sí, como aquí tienen a su gorda pendeja que hasta les fía. No, si ya nadie sabe pa' quien trabaja, pinchis ojetes. ¿Tons, qué, papi, nos vamos pa'llá dentro? Nada más cobran cien pesitos. Bueno, como te estás haciendo mucho del rogar dame otros cincuenta varitos y te la chupo aquí en el callejón, nadie nos va a molestar, ya verás. No por nada me he hecho de mi clientela. Regálame otro cigarro.

¿En qué nos quedamos? Ah, sí. La verdad es que ni supe si se murió mi tío, que me regreso pa'la casa, que agarro todas mis chivas y que me vengo pa'la capital. Ái tenía guardada mi lanita y también sabía dónde escondían el dinero mis tíos, que se los chingo.

Mmta, me acuerdo que me vine en tren, imagínate hace cuánto tiempo fue. Yo creo que todavía ni nacías. Cuando llegué a la terminal, no sabía qué hacer, así que empecé a caminar y caminar hasta que me cansé. Llegué hasta los edificios de Tlatelolco, ái que me quedo a dormir en una banquita. Al otro día fue cuando conocí a doña Herminia, ah, qué linda señora, que me dice: “y ora tú chamaca, ¿qué haces aquí?” Le platicué por todo lo que había pasado y que me da asilo en su casa durante cinco años. Le ayudaba con el quehacer, íbamos al mercado, y todo iba muy bien hasta que llegó el hijo a vivir con nosotras, porque lo había corrido la esposa. Un día no estaba la señora y ya te imaginarás que cogidota me acomodó. Le dije a doña Herminia y que no me cree. Me corrió. Su hijo fue quien me llevó a trabajar al burdel, primero como mesera, después como puta, allí estuve veinte años. Me cogí desde chamacos, viejitos, políticos y hasta señoras de l'alta sociedad. Por desgracia, el alcohol, las drogas y la vidita que

llevaba hicieron que fuera engordando y engordando, hasta que la madame me corrió y me vine para acá, pa' Tlalpan, pero no me quejo, a otras les ha ido pior.

¿Ya te aburrí, papi? ¿Entonces qué, quieres que te la chupe, o ya te quieres ir a dormir? No, no, no, mejor ábrete, ahí viene un cliente. Que le llegues, que me lo vas a espantar. Déjame otro cigarro ¿no?

**TZINTZUNTZAN**

—¡LAURITA!

A ver si me encuentran entre tanta gente que hay. Ya estoy harta, y la verdad es que no me quiero ir, aquí estoy a gusto. ¿Cómo te llamas? ¿Hace rato que llegaste? Si no fuera por los cirios y las veladoras, ya me hubiera roto el hocico, o de perdís me hubiera puesto una enlodada de aquellas. Me voy a sentar un ratito aquí, junto a ti, porque ya me cansé, y quiero sobarme mis pies. Hace harto frío. Mira nomás, sí se me mancharon mi ropa y mis botines, pero nada le hace, la estoy pasando leve. La mera verdad, carnalito, sí valió la pena habernos esperado a que esa méndiga tromba pasara. Ya tenía ganas de que nos regresáramos para Morelia. Eso de estar esperando en el camión, más de dos horas, a que dejara de llover, estaba haciendo que me diera el pinche calambre; cuando ya me estaba quedando jetona, ¡chíngalo!, el maldito tirón detrás de la rodilla. No man'to, ya me andaba desesperando harto, dije, pus al fin y al cabo hace cinco años también vine, aunque no había tanta gente.

—¡Laurita!...

¿Qué chingados quieren éstos? Si yo estoy aquí despabilándome, además estoy platicando contigo.

Ah, mira qué suave se ven desde aquí arriba todas las luces que alumbran los cerritos y las cajas de cemento, llenos de esas cempasúchiles. Me cae que debió venir mija. Fíjate que tenía muchas ganas de venir, pero tenía examen, y

como le gusta cumplir con la escuela. Vieras que me salió estudiosa la chamaca, y también es rebuena gente. La vez pasada la dejé con mi mamá y no pude traerla. Mi niña da clases particulares de matemáticas allá en el defectuoso, y se gana una lanita. Si ora pal viaje que me dice: no jefa, váyase ustedé, descanse y diviértase que le hace falta, es más, le pongo una lana para que gaste en lo que quiera, se la doy como regalo de cumpleaños. Y patitas para qué las quiero, que le tomo la palabra, y que me vengo con todos los del trabajo, aunque de mi piso nada más vino un valedor mío; a los otros los conozco de vista o de “hola y adiós”, son buena onda, aunque luego se les pasan las copas, y hay que estarlos aguantando. ¿Y tú?, ¿llevas mucho aquí? ¿A quién vienes a...?

—¡Laura!

¡Oh, qué bien chingan! No los peles. Me siento bien a gusto aquí. Siento mucha tranquilidad. Cuando veo a la gente de aquí, acomodando las coronas, las flores amarillas y el brillo de las veladoras, hacen como que dentro desta oscuridá el tiempo estuviera arriba de nosotros: quieto, flotando como una nube. No sé si a ti te ha pasado, pero es como si uno quisiera que esta noche nunca se acabara.

Pátzcuaro y Janitzio también están bien bonitos, aunque el lago está cochino. Fíjate que cuando los pescadores hacen sus danzas, para que tengan buena pesca, me quedé de a seis, viendo cómo en sus lanchitas metían sus redes al lago, y sacaban los pescaditos blancos. Neta, de lo que se está perdiendo mija. Tan bonita mi chiquita. Es reteabusada. Acaba de cumplir los dieciocho, y el día en que los cumplió que se me ocurre decirle: oye mija, pus ora sí ya eres mayor de edá, pero... todavía no vayas a tener relaciones, y qué crees que me respondió: ay jefa, ¿por qué me dice esas cosas? Yo lo haré cuando sea mi tiempo, ni se

preocupe, no me pida eso, yo creo que lo que usted sí me puede decir es que, cuando llegue la ocasión, úse condón para que me cuide de embarazarme, y del sida. No, la mera neta, es que tiene harta razón.

–¡Laura!

Híjoles, yastá empezando a chispear otra vez, bueno, no hay bronca yo no vine a esta excursión para estar refunfuñando. Como una viejita cascarrabias que viene en el camión. Yo creo que es la mamá de alguno de los compas que viene con nosotros, porque yo jamás la había visto. Pinche viejita pa todo la hace de jamón: “no que ya vámonos, que no me tomé mi calcio, que está haciendo un chingo de frío, y que la manga del muerto”. A todo le pone pero. Hace rato me dieron hartas ganas de decirle: ¡órale jija del pejetón! Tómese su café con leche y váyase a jetiar. Pero nel, me cáí que dé gracias a que estoy en favor de la paz, por eso traigo mi moñito blanco, porque si no, la mandaba directamente a chingazumácuaro y quien sabe qué hubiera pasado.

–¡Laurita!...

¡Ah, qué la chingada! ¿Pus qué quieren estos? Lo bueno es que ya no llovió. Sí compa, me cáí que me la he pasado muy suave por estos lares, a pesar de la ñora ésa, todo ha estado de agasajo. Es como si mi vida en el defe no existiera, como que estoy viviendo otra realidá. En la mañana me acordé de hartas cosas, charros, sentí regacho, fue como si me asomara por una ventanita y estuviera viendo esa puerca realidá en la que vivo: divorciada, encerrada todo el día limpie y limpie oficinas, y miya, la que poco a poco ya no me hace caso y que de un momento a otro, se casa y me deja solita. ¿Quién iba a decir? Cuando era jovencita como ella, pensaba que conocería a un galán con harta lana y viviría el

resto de mi vida feliz y llena de hijos; que juntos los veríamos crecer, pero no, en cambio, estoy aquí sentada contigo, sola, vieja y jodida; para acabarla de amolar, enlodada y mojada. Mija seguramente ha destar con su noviecito ése, el nalgasmias, haciendo quién sabe qué cosas. Discúlpame manito, que te cuente todas mis penas, pero es que me diste harta confianza. ¿Y tú, de dónde eres? ¿Nadie vino a...?

–¡Laurita!... ¡Laurita!

¡Acá estoy! Ya, para que dejen de estar jodiendo. La verdá es que me la he pasado a todo dar, ni la enlodada me duele. Al rato que nos váyamos, limpio mis botines en friega pa que mañana estén limpiecitos para ir a la zona purépecha. Dicen los jefes, que vamos ir a Cherán, según quesque está bien bonito, yo la verdá como que le dudo, después de esta noche no creo exista algo tan suave como esto: haber venido a este pueblito ha sido único. En primer lugar por las pirámides, que por cierto, me dijeron que los mismos pobladores de aquí les pusieron en la madre poco a poquito hasta casi destruirlas, quesque porque el gobierno les quitó esas tierritas a la malagueña, y pus los lugareños de allí sacaban para la papa. ¿Sí es cierto? A lo mejor tú también le entraste a eso ¿verdá? Éjele, no te hagas. El lago se ve bien chido desde allá arriba. Luego, cuando llegamos al pueblito, que se deja venir una tremenda lluvia con unos granizotes del tamaño de un ojo... ¡Ah!, y la comida, qué rica está, y bien barata. Esas enchiladas con verdura y su chilito rojo, y el pozole, qué de-li-cia, y con hambre, ¡juta! Pero lo que más me ha gustado, es estar aquí sentada, temblando de frío, platicándote mis cosas. Apartados de los demás, con la luz de las velas,

alumbrando las tumbas con sus flores amarillas... adornando la noche, y el olor a incienso que me pica la nariz y se siente rico. Qué bonito se ve, me cái.

–¡Laura!...

¡Oh que la canción! Seguramente son los jefes que me andan buscando. No les hagas caso. Son bien buenas gentes. El mero-mero, es medio serio. Una vez le pregunté que cómo le hacía pa que hija no saliera a tantas fiestas y que me dice: no Laurita, deje que se divierta lo más que pueda, ¿qué usted no se divirtió cuando era joven? Claro, como él no tiene hijos, pus no sabe lo que dice. La jefa no tiene apodo, aunque yo me llevo bien con ella. Una ocasión me dijo que yo le tenía envidia a hija. Claro que no tiene razón. ¡Cómo voy a tenerle envidia a hija! Si ella es joven, bonita, y apenas comienza a vivir la vida.

Los jechus fueron los que organizaron la salida para acá. Y la verdá es que me siento reagusto con ellos, son a todo dar, aunque luego se enojan, pero es que tienen razón, seguido la cajetiamos gacho. ¿Y tú?, ¿tienes hijos?, ¿cuántos?

–¡Laura!...

–Bueno manito, ora si yo creo que me voy despidiendo. Me la pasé a todas margaritas platicando contigo. El siguiente dos, vengo a visitarte, y ora sí, pase lo que pase, traigo a hija para presentártela, y a ver si platica contigo pa que se le salgan los demonios. Espero que no pasen otros cinco años. Le va dar gusto conocer esta tierra, sobre todo la de aquí mero, la roja, donde el tiempo parece que se detuvo.

–Doña Laura, ¿pues dónde andaba suegra? Llevamos una hora buscándola, Laurita, hija, vete a buscar a tu mamá, dile que ya encontramos la

tumba de tu abuela... Ah, qué suegrita, usted y sus ocurrencias de venir a enterrarla hasta Tzintzuntzan.

**AMOR DE DURAS MIRADAS CLAVAS EN MIS SUEÑOS**

YEISSON TORRES

**I**

¿CÓMO PODRÍA EMPEZAR esta historia? ¿Alguien que está por volverse loco? Podría ser, aunque ya es un lugar común. Aunque, mh, ¿qué no es ya un lugar común? Yo mismo soy un lugar común. Mis personajes son un lugar común, mi vida y su vida son un lugar común. Por ejemplo, mi último personaje, el aprendiz de escritor, es un lugar común. Y allí está, en ese patético Café del Centro, véanlo: pantalón de mezclilla, camisa blanca, no se ha rasurado y quiere parecer interesante a los demás. Sobre la pequeña mesa están su café, un cenicero lleno de colillas y la libreta donde apunta... ¿qué escribe? Ja, seguramente miles y miles de lugares comunes.

Es de noche y camino de vuelta a casa. Ando sobre los pasillos del Metro, no hay nada bueno qué ver.

Pienso en ella, en leer libros, y en cuentos que no tengo idea cómo empezar. ¡Ah! Y el cuento de las princesas encantadas.

Veo al suelo, alzo la mirada y a unos cuantos pasos de mí camina un hermoso y curvado trasero. Aprieto el paso, casi caigo en un gran charco de agua que procede de una gotera en el techo del pasillo. Es bueno ver a esta hora ese grandioso tipo de espectáculos. Ella dobla en una esquina que lleva a otro túnel por el cual yo no voy. Sólo nos separan unos pasos. Corro. Viro y ya no está. No puede ser, en el pasaje contiguo no hay salidas y el pasillo es demasiado largo, no creo que haya corrido ella también.

Sigo caminando y tomo la salida que oficialmente es una entrada. La gente viene hacia mí. Ahora unos ojos de fuego me acechan, pasan a mi lado, espero dos segundos, giro y ya no están. Continúo y unos enormes senos vienen rompiendo el aire, su dueña es muy elegante, enseña su gallarda figura. Su hombro roza el mío, pasa un segundo, viro, ya no está.

Corro hacia el camión y una llovizna cae. Subo al autobús, me siento y pienso que esto de ser escritor es muy difícil. Las mujeres encantadas de mi último cuento me traen vuelto loco. ¿Querrán hacerme la vida imposible? Mi cabeza se levanta para ver qué sucede, porque el camión ya tiene un buen rato anclado. Está vacío. Las puertas cerradas. Una tenue luz en la calle apenas me permite ver que está cayendo una tromba.

Se abre la puerta delantera del autobús y una mujer desnuda, con el cabello empapado, sube las escalinatas. Se acerca a tan sólo unos centímetros de mi rostro. Si sacara la lengua tocaría los vellos de su pubis húmedo. Levanto la mirada y noto que llora, empieza a carcajearse y me besa mordiéndome los labios, me empuja, toca el timbre, se abre la puerta y se va. No puedo hacer nada. Mañana amanecerá con una grave pulmonía.

Saco el cuaderno de notas y empiezo a buscar mi cuento de las princesas encantadas, comienzo a leerlo y noto que tres de ellas se han ido, ¡abandonaron mi cuento!, grito mentalmente. Debí escoger otras. Pero si se veían contentas. La lluvia arrecia. Por segunda vez la puerta se abre. Esta vez se trata de una mujer más bella que la anterior. También viene desnuda, aunque ella sí se detiene un poco antes de llegar a mí:

—Hola, soy tuya. Soy aquella a la que diste paz, clavando espinas dentro del árbol de las almas dolientes.

—¿Por qué te saliste del cuento? —le pregunto.

—¿Tú por qué crees? Necesito hacerte el amor. Eres mi creador y debo cumplir tus deseos. Al menos por ahora.

No dice nada más. Con suaves besos, mi cuello poco a poco se va relajando, me quita la playera y su lengua lame de mi pecho las gotas de agua que caen de su cabello. Una se escabulle dentro de mi pantalón y eso da paso a que me lo desabroche. La serpiente de su boca hace que dé una vuelta por el universo. La levanto y mi salamandra recorre cada escondite de su cuerpo sabor canela. Entierro mis dientes en su seno derecho y un chillante alarido le sale de las entrañas. Muy despacio voy entrando en su ser y la humedad ya no es la de la lluvia. Cada uno, al mismo tiempo, sentimos la respiración del diablo en nuestras nuca. Las pequeñas gotas de agua que alcanzan a escabullirse por las rendijas de las ventanas del camión, apenas entran y se evaporan para pegarse a nuestros cuerpos y convertirse en cómplices. Nos disolvemos en millones de partículas. Nos supernovamos. Se levanta, toca el timbre, la puerta se abre y ella se va.

Vuelvo a revisar mis notas y las dos chicas han vuelto al cuento, falta una. Supongo que en cualquier momento entrará y empezará a golpearme, porque la verdad creo que sí me pasé en hacerla sufrir dentro de la historia. Todo puede pasar.

Afuera ya no llueve. La puerta se abre y me preparo para lo que viene. Pero en vez de eso sube un tipo gordo con boina de piloto, se sienta en el asiento del conductor y la gente llena el camión. Voy hacia él, y le pido que baje a los

pasajeros, porque falta una princesa que venga a pedirme algo. Con amables palabras me dice que me vaya para atrás, porque lleva prisa; es su último viaje y visitará a su amante. Regreso a mi asiento y el camión avanza.

Limpio con mis manos los vidrios empañados. Sigo preocupado por la tercera princesa. No ha aparecido aún. El azar no existe y si tiene que aparecer, lo hará.

## AMOR FINADO CON TU CENTRO

### II

TRATO DE ESCRIBIR en una mesa del Café Jekemir. El aroma del café tostado se impregna en mi cuerpo como el sudor de una mujer cuando me hace el amor: se va diluyendo con mi sangre y mi corazón late más despacio.

Los espejos que tapizan las paredes causan el efecto de que mis otros yo se difuminen al infinito. Los cláxones de los autos que entran al lugar hacen que todos griten al hablar.

Existen días, como hoy, en que las palabras se niegan a salir; se quedan allí, en mi mano. Hacen que los dedos se me hinchen y se pongan morados. Este mal se ha ido incrementando desde el día en que perdí a mi tercera princesa. No tengo otra cosa que hacer, sino mirar cómo los demás toman café. Imaginar la vida de cada uno de ellos. Los veo por el espejo que tengo frente a mí.

Yo tenía varias cosas sobre las cuales escribir. Por ejemplo, la historia de un amigo que andaba con la *Barbie Secretaria* de su hermana, pero que la dejó por *Ken*, porque le excitaba más su cabello estático que el pelambre de ella.

Paseo la mirada y comienzo la búsqueda de alguien interesante. Un grupo de viejos españoles que le mientan la madre a Franco después de treinta años de muerto, parejas que se miran y sonrían estúpidamente. Un grupo de viejos vestidos con sacos y pantalones de pana que me miran con insistencia; un par de payasos hacen flores con globos y una mujer, que esconde una mirada triste tras sus anteojos: da de comer de su pastel a un pajarito. Prefiero dirigir la mirada a mi

otro yo, y preguntarme qué pasaría si mi reflejo se levantara y se fuera caminado por las viejas calles del Centro Histórico.

Hay veces que quisiera que pasara eso. .ose arasap euq areisiuq euq secev yaH

Que te levantas y sentaras frente a mí, tapando el espejo. Tomaras café. Fumaras y dijeras: “Apeestas, voy a buscarla”. Que te pararas, palmearas mi hombro y salieras caminando. Sí, hoy sales caminando. Ves a Charlie Brown cómo le reclama a Mafalda no haberle hecho sexo oral la noche anterior. Te despides de todos. Te paras justo en la puerta del café. Todo es negro, blanco, gris. Levantas la mirada al cielo y también es amargo. Sientes en tu rostro unas gotas de lluvia arrepentida de morir. Comienzas a caminar. Los ambulantes te ofrecen su mercancía: encendedores de sueños, llaveros con ilusiones, pomadas contra la pendejez.

La mujer que compartía su pastel con el pajarito, pasa junto a ti y sólo alcanzas a ver sus ojos oscuros a punto de llorar. Corres hasta llegar a ella, se ven. Caminan por la Alameda, no se dicen nada. Ven a los demás: yuppis que rezan a una gran W neón pegada a un costado del palacio de Bellas Artes. Mujeres y niños con platos en la mano, hacen una gran fila. Todos entran al edificio de correos, pero notas que ya no vuelven a salir.

Tomas de la mano a tu acompañante. Llegan hasta la plancha del Zócalo y ven cómo un tumulto de hombres rodean algo. Se acercan y varias mujeres desnudas caminan en círculos. No sabes qué te da más asco, si el olor fétido que sale de la coladera o lo que ves. Un gordo de ojos desorbitados le muestra un

billete a una rubia morena. Ella toma el billete y desaparece junto con el tipo dentro de Palacio Nacional.

Lloras y la mujer del pajarito seca tus lágrimas con la mano. Te lleva al mismo lugar donde acaban de entrar la rubia y el gordo. De una ventanilla de cristal sale una llave, marcada con el número tres. Suben las escaleras. Encuentran la tercera puerta.

En silencio ella comienza a desnudarse. Se acuesta sobre el edredón rojo. Comienzas a besar su empeine. Tu salamandra empieza a recorrerle la piel. Saboreas su entrepierna. Tu lengua sube baja gira. Sientes cómo fricciona la pelvis contra tu boca. Detiene la respiración. Tu lengua sube baja gira. Sus manos jalan el edredón rojo. Tratan de arrancarlo. Sus dedos ahora se enredan en tu cabello. Te empuja hacia ella. Más y más hacia ella. Tu lengua sube baja gira. Su pelvis se contonea en círculos. Aprieta las nalgas. Poco a poco va soltándote y su respiración se tranquiliza. Levantas la mirada.

Encuentras tu reflejo en el espejo. .ojepse le ne ojelfer ut sartneucnE

Gritos: ¡Me cago en la madre que parió a Franco, coño! De otro lugar se oye un: ¡Me voy, adiós! ¡Una bicicleta, una bicicleta!

Mis ojos están perdidos en uno de los espejos.

La mesera me pregunta que si voy a querer algo más, porque tiene que irse a comer. Tardo en contestarle. Separo mi vista del espejo para verla, y le digo que no, que ya no quiero nada más, que me traiga la cuenta. El dueño del lugar se me acerca y me pregunta qué tal me fue hoy, que si escribí mucho, le respondo que

no, que no me salieron las palabras. Desvíó mi mirada y noto que los españoles siguen mentándole la madre a Franco, las parejas siguen mirándose y sonríen estúpidamente. Los viejos, vestidos de saco y pantalón de pana, ya no están. Los payasos ahora hacen bicicletas con globos y, la mujer con anteojos que esconden su mirada triste; sigue dándole de comer, de su pastel, a un pajarito.

Subes lentamente sin separar los labios de su cuerpo, lames su abdomen. Tus manos aprisionan sus senos, los sueltas y tu lengua sube baja gira. Tu cara está justo en su mirada. No deja de verte. Sus ojos oscuros no parpadean. Entrás en ella. Se muerde los labios. Te aprisiona con sus piernas. No deja que te muevas. Te entierra las uñas en la espalda. La rasguña. Un calor húmedo va escurriéndose por tus ingles. Contoneas tu cintura una y otra vez. Se prende de ti. Te comienza a elevar a traer a su antojo te lleva trae te lleva trae cada vez con más fuerza te lleva trae cada vez con más y más y fuerza. Quieres que te suelte. Es imposible. Los apretones cada vez son más más y más fuertes.

La mesera me dice: “son cincuenta pesos, el servicio fue completo, dos cafés y una orden de churros”. Desde el espejo, sin aliento, apenas escucho su voz y respiro débilmente el olor del café tostado.

## UN DÍA ANTES

BRAIAN RAMÍREZ MONTIEL

Lo recuerdo muy bien. Estaba en segundo de secundaria. Cuando por primera vez que alcé un trofeo de primer lugar. Esa vez también lloré junto a mis amigos. Dimos nuestra vuelta olímpica en señal de triunfo en el patio de la secu 16, en señal de que nosotros éramos los campeones. Todo era como una película: nos fuimos a penales, nosotros no fallamos ninguno. Todos nos veían, todos nos aplaudían y vitoreaban. Era tanta mi emoción que hasta esa misma tarde le pediría a Liz que fuera mi novia. Ella no estuvo en el partido, pero sabía que iría a festejar con nosotros en la casa de Mario, mi mejor amigo. Todo estaba de maravilla: campeones, fin del año escolar, pasábamos a tercero –los reyes de la escuela-, pero sobre todo, tomado de la mano y abrazado de Liz todo el verano. Sin embargo, ella se encargó de poner mis pies en la tierra.

–Si ni jugaste, ¿cómo es que celebras si ni siquiera entraste a jugar?

Y sí, efectivamente, no jugué la final porque no era tan bueno como los demás. No obstante, todos éramos uno, todos nos apoyábamos como hermanos, sobre todo Mario y yo, quien siempre me decía: ya te falta poco, échale ganas para que tú me des los pases.

Mario, el centro delantero, tenía la portería tatuada en la mente. En una ocasión le vi anotar cinco goles. Jugábamos él y yo en otro equipo, bueno, jugaba. Ese segundo año de la secundaria fue pésimo para mí: me había cambiado de escuela, era el nuevo; el nerd con referencias de ser un chico de puro diez y,

había aparecido en el cuadro de honor de la anterior secundaria, para mis nuevos compañeros yo era el *rarito*. El único que se me acercó el primer día de clase fue Mario, quien por cierto, tenía el nombre más largo que jamás haya conocido Mario Eduardo Alberto Espino Del Castillo Gómez. Él también era raro, había veces que se quedaba viendo a la nada por muy largo rato. Siempre lo regresaba de su viaje con un trancazo en el hombro. Un día le pregunté, a solas, qué tanto pensaba. El sólo me contestó: cómo voy a anotar mi siguiente gol.

—¿Te gusta el futbol, a quién le vas?

Fue lo primero que Mario me preguntó cuando llegué a la 16. En el grupo éramos los dos únicos que le íbamos al mismo equipo. Fuimos inseparables desde ese día, aunque luego se nos juntaba el Trompas.

Jesús Bernal, o el Trompas, como le decíamos “por su delicada boca en flor”. Flaco, flaco, flaco y trompudo para acabarla de amolar. Él era el líder, el que decía quién jugaba o no. Sabía mover muy bien sus piezas. Sabía observar, criticar y explotar las cualidades de cada uno de nosotros. En cuanto que me vio jugar, lo primero que me dijo fue que tenía que bajar de peso, ponerme en condición y enseñarme varias cosas del fut. Y así fue. A las dos semanas de conocernos me llevó a la segunda sección de Chapultepec a correr, durante ese año corrimos diariamente cinco kilómetros. El último día que lo hicimos, él me retó a una carrera. Gané. Para el tercer año en la secu ya no regresó. Años después me lo encontré en la calle como policía vial, él fue quien me reconoció y se acercó a mí. Fue tal mi shock al verlo vestido con ese uniforme azul que no pude decirle nada. A él le estoy muy agradecido, pues aparte de entrenarme y medio sacar mis dotes en el fut, me cedió con su ausencia, sin quererlo, su lugar en el equipo.

–¿Liz, quieres ser mi novia?

–¡¿Mande?! ¡Casi no te escucho!

En ese momento, en medio de aquél ruidero de la fiesta, la saqué del departamento, cerré la puerta y le planté un beso. Me separé de ella y aún tenía los ojos cerrados. Y cuando los abrió se me quedó viendo. No decía nada. Y que empieza a llorar.

–Si hubieras hecho esto ayer, ahorita estaría feliz, pero hoy por la mañana Paul me pidió que fuera su novia.

Sin decir más, Liz regresó al departamento, y yo me fui para mi casa. Regresé caminando, llovía, y no me importaba mojarme, no me importaba nada. Mi papá estaba comiendo cuando llegué. Me miró y yo sólo atiné a decirle que saldría a patear el balón. Ya en el patio, la pelota pegaba con furia en la pared. Recordé, o más bien, noté que me sentía igual que en aquella ocasión cuando perdió México contra Alemania en el Mundial del 86. Aquella tarde también llovió y me salí a caminar y caminar por las calles del Centro. Todos actuaban como si nada hubiera pasado. ¿Qué no sabían que México había quedado eliminado? Esta segunda vez, caminé de nuevo y me preguntaba: ¿Qué no sabían que Liz no era y nunca será mi novia? La lluvia, en esas dos ocasiones, se confundió con mis lágrimas.

Ese verano, mi padre, como por algún presentimiento, y para que su hijo tuviera qué hacer con su tiempo libre, logró inscribirme de última hora en un curso de fútbol veraniego en un equipo profesional. Allí fue donde aprendí a jugar: ocho horas diarias, de lunes a viernes, durante dos meses, pateé balones a lo bestia, allí sí, literalmente, sudé gotas gordas. Había fines de semana que me veía con

Mario para ir al cine o ir al Azteca a ver a los grandes, de paso él me contaba cómo derrochaban su amor Paul y Liz por las calles que estaban cerca de la secu.

–Siempre debes anticiparte. ¿Me entiendes? Todo es así. Todo. Siempre debes observar al otro, incluso, en tu mente debes ubicar en dónde se encuentra cada uno de tus compañeros y oponentes. Debes anticipar qué movimiento harán. Cuando tú tengas el balón y veas que un contrario te llegará, levanta la vista, ve su mirada, en ese momento sabrás si va a faulearte o sólo a quitarte la bola. Cuando domines esto, te quitarás muy fácil a los adversarios. Todo es así.

Cuando Mario terminó de hablar, los dos nos quedamos mirando hacia la nada por muy largo rato.

El verano pasó rápido como todos los veranos y, por fin, nos hicimos dueños de la secundaria 16. El primer día de clases fue de varias sorpresas, pues nos encontramos con la novedad de que teníamos dos chicas nuevas en el salón: Laura y Cristina. Liz no había ido ese día. Paul platicaba y platicaba con Laura. Creo que eso corroboraba lo que Iván me había dicho unos días antes: que Liz y Paul habían terminado. Iván se nos acercó a Mario y a mí.

–Qué, ya que no vino la maestra, ¿vamos a chutar, no? Vamos a que nos muestres qué aprendiste en las vacaciones.

Iván, o el Terrible, como le decíamos, era un espectáculo a la hora de jugar. Era nuestro orquestador, el medio central. Tenía magia en los pies. Estaba seguro de que él podía jugar sólo contra el equipo contrario, y que les ganaría. A pesar de jugar como Maradona era un chavo muy noble, inocente. Una especie como de bárbaro, de troglodita. Algunas veces llegué a pensar que era hasta tonto, porque

cuando jugábamos se quitaba a todos y aunque él podía anotar los goles, siempre buscaba a alguien más para que la metiera. El Terrible era el menor de diez hermanos y su mejor amigo en la 16, era Paul.

Paul, o el Baúl, era nuestro defensa central, nadie, absolutamente nadie podía pasarlo. Era rudo, fuerte, y le daba unos trallazos al balón que quien se cruzara por su camino sufriría un *nockout* seguro. Él era el capitán, siempre nos gritaba qué debíamos hacer, para dónde correr, cuándo contraatacar, cómo ver las debilidades del equipo contrario. Un muy buen líder en la cancha, y en tercero se hizo más, pues el Trompas ya no estaba. A Paul también me lo encontré tiempo después, en un hospital. Mientras yo iba a curarme una pequeña gripa, él iba a una rehabilitación por una parálisis corporal. Se había casado, tenía hijos, y trabajaba como Guardaespaldas de un senador.

Los demás del equipo, y no menos importantes, eran Israel, el Chinguiñas; chaparrito, ágil, rápido y experto con el balón parado. Ahorita juega en el Cruz Azul. El Choconejo, nuestro serio lateral derecho. Vergara, quien no necesitaba apodo, nuestro lateral izquierdo, y aparte tenía una pequeña peculiaridad, le tenían miedo. Estaba feo, feo, feo, al grado de causar temor, pero como todos, era muy buena onda. En la portería era donde más adolecíamos. Probamos con varios, pero en ese primer día, Arturo, el rostro, como le decíamos, cuando oyó que bajaríamos a jugar porque no había llegado la maestra, sacó sus guantes, se los puso, se nos acercó y nos dijo: Yo seré el portero.

Las chicas nuevas, Cristina y Laura, también bajaron a vernos jugar. Iván y Paul nos repartieron entre ellos. Mario en el equipo de Paul, y yo en el de Iván. Cuando cascareábamos entre nosotros, siempre jugamos así, en el mismo equipo

que se creó el primer día de clases. Fue el día en que todo cambió. Iván se me acercó y me dijo, casi al oído:

–Escúchame bien, yo quiero que tú metas todos los goles. Pase lo que pase, cuando veas que yo tengo el balón, ten la seguridad de que siempre te lo lanzaré a los pies.

Y sí, así fue durante ese partido y durante todos los partidos que disputamos durante el año, tanto en la escuela como en el parque, así como en el equipo que formamos para jugar los sábados en el deportivo de la colonia. Desayunábamos, comíamos y cenábamos fútbol. Ese primer día de clases ganamos seis a cero. Fue la primera vez que anoté seis goles, esa fue una cáscara, pero eso se haría costumbre en mí durante el resto de los partidos que disputamos en el tercer año de la secu 16, llegué a quitarle la titularidad a mi mejor amigo. Algunas veces pensé que estaba enojado por ello, pero no, al contrario, estaba contento. Bueno, además de que en ese tiempo encontró otras prioridades: la música y las mujeres.

Sólo un día sí tuvimos una pelea. En una de esas cascaritas en el recreo de la secu, les ganamos once a cero, y yo había anotado los once goles, cómo le hice, no sé. Cuando regresábamos al salón, Mario, había comprado una nieve de limón, y ese día yo no llevaba ni un quinto para comprar algo, así que le pedí de su nieve para bajarme un poco el calor. A regañadientes me la dio, y sí, casi me la acabé, pero le había dejado tantita, y al ver que ya casi no quedaba que me lanza a la cara lo quedaba y me le fui encima. Le pegué fuerte, cuando Iván y Paul nos separaron Mario tenía sangre en la cara. Yo sólo sangraba de la nariz, pero cuando nos quedamos viendo y nos dimos cuenta de la babosada que habíamos

hecho, nos pedimos disculpas y nos abrazamos. El resto del día de clases me la pasé llorando por lo que había hecho. ¡Sí, en el salón! Mario se me acercó y me dijo que ya, que ya había pasado, que andaba tenso porque no le salían unas notas musicales, que ya no podía anotar goles y Laura, la chica nueva, no le hacía caso. Tardé unos días en recuperarme, pero la amistad lo cura todo.

Lo cierto es que Laura tenía interés por otro: yo. A los dos meses del tercer año, Liz y yo intentamos ser novios, pero el fantasma de aquél primer acercamiento fallido no nos dejó seguir. Así que decidimos dejarlo en paz y sólo ser amigos. Laura me dijo después que Liz seguía enamorada de mí, pero en realidad yo ya no sentía nada por ella. Laura era una niña muy linda, rubia natural, ni muy alta, ni muy chaparra, con una risa que contagiaba. Una tarde, llegó al lugar donde entrenábamos por las tardes y al terminar me dijo, así sin más:

-Quiero ser tu novia, quiero andar contigo.

Mario nos estaba viendo, no nos oía, y al ver su mirada, yo sólo le respondí a Laura que no, que ella no me gustaba, y que le pediría a Cristina, la otra chica nueva, que fuera mi novia, pero que podíamos seguir siendo amigos. Laura, a pesar de su natural belleza, nunca anduvo con alguien en la secu. Nunca supe si Mario se enteró de aquella plática. Creo que sí. Lo cierto es que hasta el día de hoy, Laura sigue siendo mi mejor amiga. Es la única con la que mantengo contacto de la secundaria. Debido a la respuesta que le tuve que dar a Laura aquella vez, tuve que pedirle a Cristina que fuera mi novia. Ella jugaba basquetbol, era un poco más alta que yo y también era bonita. Morena, ojos color miel, labios gruesos. Sí llegué a enamorarme de ella. Anduvimos de novios tres meses, pero como el futbol era más importante para mí, cosa que aprendí desde lo de Liz,

Cristina terminó por botarme y cambiarme por otro que no jugaba futbol, que más bien era como el derroche de las chicas de la escuela. Cuando salimos de la secu, no supe más de ella.

A nosotros sólo nos interesaba una sola cosa: salir bicampeones del torneo interno de la secundaria. Todos los grupos debían participar, aunque sabíamos que de todos ellos sólo un equipo podía darnos batalla. Tan era así, que el maestro de deportes había arreglado los partidos de tal manera que en la final nos enfrentáramos. En la primera semana eliminamos a los de primero, los más fáciles. Eran goleadas estrepitosas. Luego a los de segundo, que también fue sencillo eliminarlos. Luego vinieron los de tercero. En esos últimos días se apareció el Trompas con un regalo para nosotros: uniformes nuevos. Nos platicó que había dejado la escuela para ponerse a trabajar, nunca nos dijo de qué, pero a juzgar por la marca de los uniformes, era algo que le remuneraba muy bien.

Ese día, antes del primer partido contra los de tercero, Paul y el Trompas fueron los que nos alentaron a salir campeones. Ellos nos dijeron cómo ser uno en la cancha, a funcionar como uno solo, a ayudarnos mutuamente, a defendernos y a atacar como un solo jugador. Nos sentíamos como profesionales, como si estos fueran los partidos decisivos para llegar a la final de un Mundial. Y así lo hicimos.

Eliminamos uno por uno a los grupos de tercero, hasta que en la final nos tocó jugar contra el único equipo que sabíamos nos daría batalla. Un día antes del partido no salí de mi casa, me la pasé leyendo y descansando para el partido final. Le hablé por teléfono a Mario para saber qué estaba haciendo. Estoy seguro de que él, como yo, nos quedamos ese día viendo a la nada por horas para saber cómo anotar el gol del triunfo.

Llegó el día del partido y, como se esperaba, las cosas estaban muy parejas. El equipo contrario nos anotó el primer gol. No supimos qué hacer. Mario y yo estábamos en la delantera y nos quedamos viendo asustados. Todos teníamos cara de asustados. Siempre habíamos anotado el primer gol en todos nuestros partidos. El primer tiempo terminó. Durante el receso Paul y el Trompas no hicieron más que regañarnos y decirnos que nos pusiéramos las pilas. El segundo tiempo. Iván se nos acercó a Mario y a mí para recordarnos que estuviéramos atentos porque el balón nos llegaría a los pies. A los cinco minutos del juego, Iván sacó su magia y le dio el balón a Mario para que empatara. Pero en el festejo por haber anotado hizo una estupidez: le dio un puñetazo en la cara al defensa que lo tenía atosigado. Por suerte no se armaron los trancazos, pero sí expulsaron a Mario. Ese día nos pasó lo que nunca antes. Liz, Laura y Cristina estaban serias, pero de pronto nos gritaban y echaban porras. Todos pensábamos que nos iríamos a los penales de nuevo. El equipo contrario empezó a presionar y a presionar, pero Paul se revolvió contra el rival como guerrero, como gladiador espartano. Arturo tapaba y tapaba todos los disparos que le acometían. Nuestros laterales no podían salir de la defensa; Vergara y el Choconejo se gritaban: ¡No subas, quédate abajo! El Chinguiñas e Iván esperaban algún rebote del balón para pasármela a mí quien, por instrucción del Trompas, me había quedado solo al frente. Los penales eran inminentes, pero el milagro sucedió: Arturo pudo por fin tener la pelota en sus manos, vio al Chinguiñas y se la pasó rápidamente, Iván se pegó a la banda derecha, y recibió el balón, rápidamente le cayeron tres contrarios. El Terrible alzó la mirada y me vio, sabía que, a pesar de que tenía a tres encima me llegaría el balón. Gambeteó y gambeteó, y el balón llegó a mí,

como en cámara lenta. Claramente sentí cómo su portero iba sobre mi humanidad, pero me detuve y el arquero se fue de bruces con la finta que le hice, alcancé el balón y no tuve nada más que hacer que darle un leve empujón para que se incrustara en el arco contrario. Todos gritaron ¡oooooooooooooooooo! Y el equipo fue a abrazarme. El árbitro pitó el final. Y, ahora sí, di mi vuelta olímpica con el trofeo en lo alto. Lo recuerdo muy bien. Fue un gran cierre para el final de mi secundaria. Ese verano regresé, con Mario, al curso de futbol veraniego, y los cazadores de talento juvenil nos llevaron a distintos equipos profesionales. Nos mantuvimos en contacto durante dos años más, su última llamada fue para decirme que dejaba el futbol, ya que tenía que ponerse a trabajar porque su novia se había embarazado. Ya no supe nada de él, de hecho le perdí el rastro casi a todos sólo veo de vez en cuando a Israel, el Chinguiñas y a mi mejor amiga, Laura, mi esposa, la madre de mis hijos. Yo, por supuesto, sigo jugando y aquí estoy con ustedes.

Mañana inauguramos el mundial contra Sudáfrica. Para mí será el último, pero para muchos de ustedes será el primero. Sé que todo el mundo, literalmente, nos verá. Sin embargo, no me preocupa, ya que me siento como si estuviera en la secu, en la 16. En cada uno de ustedes veo al Terrible, a Paul, al Trompas, al Chinguiñas, a Vergara, al Choconejo, a Arturo, a mi amigo Mario. Mañana la magia tiene qué aparecer, mañana todos debemos ser uno.

## MARIO

—¿ES LA PRIMERA vez que vienes a formarte?

—No, es la tercera y espero que esta vez sí me toque.

—A ver si no se tardan, porque, chales, la semana pasada se tardaron el resto.

—Yo no pude venir, se enfermó mi hijo.

—¿Cuántos años tiene?

—Va a cumplir tres, ora en agosto.

—Mi marido está friegue y friegue que quiere tener un chavito, pero neto que yo no quiero.

—Yo tampoco quería.

—Creo que hoy no nos van a tener esperando como la otra vez. Ahí vienen los que contratan. Párate derechita y míralos a los ojos, les gusta que los veas bonito.

—¿Tú, ya has salido en algún programa?

—Sí, en tres. En el primero salí de hija violada. En el segundo de pega-maridos y en el tercero, que me costó más trabajo, salí de mamá drogadicta y prostituta.

—Órales, pues entonces tú sí le sabes.

—El chiste es que le caigas bien al productor, y no me refiero a que te lo cojas, de por sí, dicen que es puñal. A mí se me hace que sí.

—Ahí vienen a escoger.

—Híjoles, manita, es mi cuatito. Igual y sí me toca para ésta. O ya de perdis, para pasar a público. Cien varitos no me caerían mal. Hola, ¿cómo estás?

—Qué pasó, Lichita, ¿otra vez por acá? Hace tres semanas saliste, yo creo que dentro de unas dos semanas te das una vuelta. No me lo tomes a mal.

—Va, Dany, nada más porque tú me lo pides, te voy a hacer caso, pero en el público, ¿hoy no se puede? Es que también quiero ver al productor para que me conecte con el de Miami, quiero aventarme a la grande.

—Bueno, vete a formar con los derás, pero tampoco te levantes a opinar durante el programa, porque si no, no te veré hasta dentro de dos meses. ¿Okey?

—¿De qué se va a tratar hoy?

—De una mujer que induce a su marido a matar a su jefe y a su amigo para quedarse con el puesto de jefe. ¿Y tú, cómo te llamas? ¿Vienes con la Licha? No te había visto.

—No, no vengo con ella. Me llamo Mariana.

—Tienes exactamente lo que me mandaron a buscar. Nunca habías estado en esto, ¿verdad?

—He estado en el público, pero no en el panel.

—Con eso basta, vente, vamos con el productor para que te diga lo que tienes que hacer.

—Qué tal, siéntese, por favor. ¿Cuántos años tiene y cómo se llama?

—Mariana, y tengo veintisiete años, señor.

—Muy bien, señorita Mariana, a partir de este momento usted se llamará Marta. Le voy a explicar cómo es que está la cosa. Seguramente usted ha visto el

programa. Gema es la conductora y ella le hará a usted una serie de preguntas a las que tiene que responder. Usted hará el papel de una mujer malvada, que al final perderá sus casillas. Y a qué me refiero con esto, que al final usted se volverá loca, por así decirlo. Se supone que usted indujo a su marido Mario, quien está en la cárcel, a que matara a su jefe y a su compadre Beto para quedarse como jefe y así tener más dinero. ¿Estamos?

—Sí, pero, ¿quién más estará en el panel?

—Oh, sí, estará una santera a la que usted conoce, porque fue ella quien le vaticinó que su marido lograría ser el jefe de la empresa y también estará un supuesto Marco quien será el hijo de Beto, el amigo que su marido mató, y es quien se quedó con el puesto de jefe. ¿Alguna otra duda, Marta?

—No, ninguna, señor. Ay, es que no sé, señor, ¿qué tal si no me salen bien las cosas?

—Usted no se preocupe, se ve que usted ísle sabe a esto. Ahora vaya a que la maquillen y que le den el vestuario apropiado.

—Ash, manis, tú no te pongas nerviosa, mira, te voy a maquillar tan bien que nadie te reconocerá. Además el programa dura namás media hora. Lo que debes tener son agallas para que el papel te salga bien. Escuché algo de la actuación que debes hacer. Tú ponte mala malota, más que peysha rabiosa. No le hagas caso a las cámaras, es más, no veas a nadie a los ojos, ni a la Gema, ash, cómo la odio. Además, si le gustas al productor, bueno como actriz, porque él es mi hombre, te manda a Miami. Creo que con un poco más de sombra por aquí, y

liiistooooo. ¿A poco no, ni tú misma te reconoces? No por nada soy Marcos, el transformador de estrellas. Ji, ji.

—Gracias, y sí cierto, ni yo me reconozco.

—De nada, reina, bueno, ahora ahuecando el ala, que tengo que maquillar a la bruja. Ash, fuchi, fuchi.

—Muy buena noche a todo, muchas gracia' por acompañarme esta noche. Esta ocasión tenemo' una historia qué contarle, que usted'e' no creerán. El tema es el poder. ¿Qué tanto puedo influir en mi marido para que llegue al poder? ¿A quién debo quitar del camino, y de qué forma, para darme una vida llena de lujos; tener má' y má' dinero, y tener a mi mando subordinados que cumplan mis órdenes? Esta es una historia verídica, cruel. Le doy las gracias a nuestro primer panelista de esta noche por haber aceptado nuestra invitación. Se trata de Marco, el actual jefe general de una empresa de ventas muy importante de nuestro país. Su padre fue acribillado por Mario, quien se encuentra purgando una condena de cincuenta años en la cárcel, por un doble homicidio, entre ellos el de su padre. Démojle un aplauso de bienvenida.

—Buenas noches, señorita Gema.

—Buenas noches, Marco, a ver, pláticame tú, cómo es que fueron los hechos. Aquí en mis tarjeticas tengo anotao que tu padre era el mejor amigo de su asesino. ¿Esto e' cierto? ¿Ah? A ver, pláticame.

—Sí, es cierto señorita Gema, incluso eran compadres, pues yo soy ahijado de Mario. Él me bautizó, señorita Gema.

—¿Y por qué fue que lo mató?

—Mire, señorita Gema, el poder es una tentación. Mi padre y mi padrino eran los mejores amigos y los mejores vendedores de la empresa en la que trabajaban; mi padrino aventajaba a mi papá, porque era más antiguo que él. Hubo una promoción para que ascendieran a jefe general, pero mi padrino queriendo apresurar y asegurar las cosas, primero mató a su jefe, y luego a mi papá para que no tuviera impedimento en ocupar ese puesto.

—Tengo aquí en mis tarjeticas que tu padrino no actuó solo. Que él fue influenciado por su esposa, tu madrina, para que actuara de esa forma. Dime si esto es cierto.

—Así es señorita Gema. Esa mujer es una arpía, señorita Gema. Ella también debería estar en la cárcel. Espero que ella pague en el infierno, señorita Gema. Mi madrina fue quien provocó todo, ella era la principal hambrienta de poder, señorita Gema.

—Pues bien mi querido Marco, esperando que no te moleste, hemos tráodo a tu madrina, a Marta. ¡Que pase la mujer!

—¡No quiero verla! No quiero ver a ese monstruo, señorita Gema!

—¡Y aquí está!

—¡Monstruo! ¡Eso es lo que tú eres! ¡Asesina!

—Siéntate, Marta, siéntate. Detengan a Marco.

—¡Asesina!

—Marta, aquí en mis tarjeticas tengo anotao que tú hiciste que Mario, tu marido, matara a su jefe y luego a tu compadre para que se quedara con el puesto de jefe general. ¿Esto es cierto?

—Ay, señorita Gema, le juro que yo nunca hice eso, mi Mario actuó solo, señorita Gema. Yo le decía que se pusiera abusado, que no le fueran a comer el mandado. Nunca le dije que los matara, señorita Gema.

—¡Miente, ella miente!, señorita Gema, ella también es asesina, igual que mi padrino.

—Marta, ¿tú tienes hijos?

—No, señorita Gema, Mario nunca pudo darme uno.

—Y en caso de que los hubieras tenido, ¿a ti te gustaría que tu compadre hubiera matado a tu marido?

—Pues no sé señorita Gema, creo que primero debería saber el motivo por lo que lo hiciera.

—¡Eres una descarada! Marta, ¿qué acaso no tienes corazón? ¿Por qué, Marta, por qué esa hambre de poder?

—Mire, señorita Gema, yo creo que si alguien se propone algo debe hacer todo lo que esté a su alcance para lograrlo. Y si se puede hacer más rápido, qué mejor.

—Fíjate bien en lo que tú estás diciendo, Marta. A ver, dime, ¿cuál es tu versión de todo esto?

—Como dije en el Ministerio Público, yo nunca le dije a mi Mario que matara a su jefe, y mucho menos al compadre. Un día llegó y me dijo que había hecho una venta muy importante para la empresa y que seguramente le darían la jefatura. Luego le pedí que fuera a ver a la santera para que ella le dijera qué era lo que debía hacer, y sí, sí fue, pero fue con el compadre. Eso le pasa por andar de metiche.

—Okey, okey... para, para. Hemos traido a la santera para que nos aclare qué fue lo que ella le dijo a tu marido... ¿Eh? ¿Cómo? Ajá... Desde la producción me están informando que la santera no pudo venir, pero que tenemos un enlace, vía satélite, con ella, hasta el mercado de Sonora. ¿Anda por allí la santera?

—Sí, sí. ¿Bueno?

—Muy buenas noches, señora, ¿me escucha?

—Sí, sí, dígame.

—A ver, plátiqueme, ¿qué fue lo que le dijo al señor Mario el día que fue a verla?

—Sí, mire señorita Gema, la verdad es que casi no me acuerdo.

—No importa, no importa, dígame lo que sepa.

—Yo me acuerdo que el señor Mario vino con otro señor llamado Marco no sé qué. El señor Mario me preguntó que si le darían el puesto de jefe en su empresa.

—¿Y qué fue lo que usted le respondió?

—Que sí, señorita Gema, pero que duraría poco en el puesto, si no se ponía las pilas. De lo que sí me acuerdo bien es que al señor Marco le dije que él era padre de un futuro jefe.

—Y así fue. Aquí lo tenemos. Muchas gracias señora, ya nos dijo lo que queríamos saber. ¿Algo más que quiera agregar?

—No, nada más, ¿puedo mandar un saludo?

—Vamos a corte comercial... ¡Maquillaje! Retóquenme a estos niños. A ver mijitos, ya casi llegamos al final. Necesito más acción, más gritos. ¿Okey?

—Muchas gracias a nuestros televidentes por permanecer con nosotros. Continuemos con el programa. A ver, Marco, qué tú le quiere decir a Marta, porque me imagino que te han quedao cosas que le quiere decir.

—Ay, señorita Gema, voy a decir puras groserías, esta vieja no merece palabras mías.

—Vieja, tu abuela.

—Tranquilos, tranquilos.

—Es que este idiota, señorita Gema, ¿por qué se empeña en decir que yo manipulé a mi esposo a matar a su padre?

—Porque sí es cierto, monstruo. Tú lo obligaste, arpía. Le dijiste que matara al jefe y luego a mi padre para que se quedara con el puesto.

—No cierto, no cierto, señorita Gema, este hombre miente.

—No, hija, ante la ley has sido absuelta, pero ante la sociedad eres una porquería.

—No me diga eso, señorita Gema, que me hace sentir mal.

—Es que tú hiciste que tu marido perdiera la conciencia y cometiera esos asesinatos. Eres una bruja.

—No me diga así, señorita Gema, es usted una despiadada.

—¿Y cómo quieres que me comporte con una mujer como tú, asesina?

—Señorita Gema, no siga, porque si no, no respondo.

—Sí, eso es lo que tú eres, una asesina, mataste a mi padre.

—Tú cállate, idiota.

—Mide tus palabras imbécil.

—Imbécil tu padre que no supo defenderse el día en que mi Mario lo mató.

¡Ja!

—Ahora si te rompo tu ma...

—¡Deténganlo, deténganlo!... ¡Segurida', segurida'!

—No porque seas hombre no te voy a responder a madrazos.

—¡Seguridad, seguridad, deténganla, deténganla! ¡Que alguien haga algo!

¡Es una fiera!

—¡Esto es el final del programa! ¡Nos vemos la siguiente semana, en el show de Gema!... ¡Idiota, ya me pegaste! ¡Bruja malvada! ¡Seguridad!

—¡Cállese, pinche vieja mitotera! A ver si con estos sillazos se aliviana.  
¡Tome, tome! Ustedes ni se me acerquen, porque también les doy sus trancazos.

—¡Quítenmelaaaaa! ¡Quítenmela! ¡Ay! ¡Está locaaaaaaaaaaaaaaaaaaaa!

—¿Sí, bueno?

—¿Mariana?

—Sí.

—Hola, Mariana, habla Gema, ¿cómo estás?

—Ay, señor ita Gema, bien, bien, ¿y usted cómo está? ¿Ya salió del hospital?

—Sí, sí, ayer, oye, chica, le pedí al productor que fuera yo la que te comunicara que la gente de Miami te está buscando para que hagas un programa allá.

—Ay, señorita Gema, ¿de verdad?

—Sí, niña que sí, ¿qué les digo? Nomás que por consideración a ti, las sillas del foro de Miami van a estar acolchonás.

## GANASHI

KELY LÓPEZ CAMACHO

HACÍA ALGUNOS AÑOS que el joven Ganashi vivía en la gran casa que alguna vez fue de su madre, quien en otros tiempos fuera la más bella Ganika. El joven Gyps<sup>2</sup>, como le llamaban, no tenía amigos, sólo sirvientes. Muchos le temían, nadie miraba sus ojos negros. Unos lo despreciaban por haber arrebatado a los monjes de Gotania la casa que su madre les había regalado; otros más, por la forma en que se hizo usurero. Comenzó vendiendo cosas que robaba, hasta que fue haciéndose rico y poderoso. La gente acudía a él cuando requería dinero. Cuando llegaba la fecha de pago, era inflexible, si no tenían con qué pagarle se cobraba con lo que se le antojara, incluso con una mujer, que poseía y luego la dejaba en su casa como una sirvienta. El joven Ganashi era un ser a quien nadie reconocería como el hijo de la más bella hetera y el iluminado Ganashi Buda. No, él no podía ser.

Un día llegó hasta la gran casa un monje viejo, encorvado. Tocó la puerta con su bastón. Un sirviente abrió y le pidió que se fuera, le dijo que allí no daban limosnas. Y el monje respondió:

—Muy agradecido estoy por su advertencia, venerable, pero la razón por la que he tocado su puerta es otra. He venido en busca de mis hermanos. Ellos solían vivir aquí llevando el hábito de Gotama.

---

<sup>2</sup> Gyps: Especie de buitre que habita en las tierras de la India.

—¡Aquí ya no vive ningún monje, ni peregrino mendicante! —Se oyó una voz detrás del viejo, que ante la dureza de las palabras bajó la mirada y se dirigió a él.

—Disculpe, venerable, no lo sabía, hace muchos años que no venía por acá. Mucho tiempo, venerable. Perdona mi intromisión.

El monje caminó hasta la persona que le habló para hacerle una reverencia, y cuando llegó hasta él, al ver su cara, una serie de recuerdos comenzaron a pasar por su mente. Su amigo, su gran amigo, con el que vivía al lado de la sombra de su casa, con el sol de la orilla del río, junto a las barcas, en lo umbrío del bosque de sauces y de higueras. El viejo monje recordaba todos los momentos que había pasado junto al entonces joven halcón, el hijo del brahmán.

—Ganashi —exclamó el anciano.

—Sí, ese es mi nombre, peregrino. ¿Cómo lo sabe? ¿Quién es usted?

—Anjali, venerable —susurró el monje.

Se dio cuenta que no era su amigo, era igual a él, a su entrañable amigo, cuando era joven. La misma cara, la misma corpulencia, los hombros bronceados, pero su mirada, su mirada no era la misma. El asceta notó que los ojos del joven Ganashi contenían odio, tristeza, miedo; no rebosaban amor como los de su padre.

—No ha terminado de responderme, Anjali.

—Es usted muy parecido a su padre, venerable, él es mi amigo. Desde niños lo somos. Juntos recorrimos el mundo con unos samanas. Su padre y yo aprendimos muchas cosas, pero la inteligencia de mi amigo era superior a la de cualquiera de nosotros y pronto tomó su camino. Yo, por mi parte, me fui en busca de Gotama, el iluminado. Siempre busco, venerable, siempre ando buscando. Mi

entrañable amigo llegó hasta aquí, a esta casa. No necesitó ir más lejos, aquí lo encontró todo. Riquezas, poder, cariño, sobre todo, el amor de su madre. Y cuando se dio cuenta de todo eso quiso ir más allá, encontrar más respuestas. Y las encontró, en un río las halló. Discúlpeme, venerable, no le quito más tiempo, me voy.

Anjali caminó. Ganashi lo miró extrañado. Había algo en él que llamaba su atención, no sabía qué, y le pidió que regresara. Ordenó a su sirviente que le diera algo de comer y que lo dejara dormir por esa noche con ellos. Anjali agradeció y aceptó el ofrecimiento.

A media noche, Anjali se dirigió al jardín para meditar como cuando lo hacía con sus compañeros monjes. El Om que emitía al principio poco a poco iba aumentando en sonido. El lugar se fue impregnando de la larga nota pura, impecable. Los pájaros trinaban como si estuviera a punto de amanecer, y fueron callados por unos pasos apresurados que se acercaron hasta el meditador.

—Disculpe, venerable, me iré a mis aposentos para que usted pueda dormir.

—No. No quiero que te vayas, Anjali. He de decirte que hace bastantes lunas no he podido dormir bien.

—¿Tiene alguna dolencia, venerable?

—No, ninguna. He estado pensando en lo que me platicaste. ¿Quieres decir que el hombre que me recogió después de la muerte de mi madre, es mi padre? No lo puedo creer. Siempre creí que ese hombre estaba loco, porque me decía que debía escuchar las voces del río.

—Venerable, veo que usted ha vivido en la ignorancia desde hace mucho tiempo. ¿Ha oído usted hablar de Ganashi-Buda?

—Todo mundo habla de él, la gente viene de lugares lejanos a oír sus palabras, quiere verlo, tocarlo. No entiendo por qué tantas personas tienen que buscarlo para sentirse mejor.

—La gente necesita respuestas, venerable.

—Y, a todo esto, ¿qué tiene que ver mi padre con el que llaman iluminado?

—Que su padre ya no es su padre, venerable, así como tampoco es mi amigo. Ganashi es el majestuoso, el Buda, el río de rostros, el amor con cuerpo y alma. Él ha parado la rueda de las reencarnaciones. Y tiene usted razón, venerable, todo mundo quiere verlo, todos quieren ser curados con sus palabras, con su aliento y su mirada.

—Anjali, todo el tiempo he pensado que aquél hombre que me había recogido tras la muerte de mi madre, había sido uno de sus amantes. Dime, asceta, ¿si voy a buscarlo, crees que me escuche?

—Nada se pierde en cualquier búsqueda, escúchelo usted cuando lo encuentre. Escuche cada una de sus palabras, le ayudarán a encontrar su nirvana, también le ayudará a que en sus ojos ya no haya miedo, y que el karma que le rodea, desaparezca. No deje que su mente le engañe, venerable, pues la mente permanece como barrera, siempre confundiendo.

El joven Ganashi contestó:

—No sé si tenga algún caso acercarme a él, Anjali, sé que no me reconocerá.

—¿Cómo es que ha hecho esa respuesta, venerable?

—Porque yo no soy ni siquiera uno de los dedos de mi madre y mi padre. Sé que he hecho mucho mal, Anjali, todo lo contrario de lo que ellos fueron. Casi he matado por obtener todo lo que tengo.

—Búsquelo, venerable, busque al iluminado, con él encontrará la paz.

El viejo monje, al día siguiente, desapareció. Ganashi mandó en su búsqueda pero fue inútil, nadie lo había visto. Tres días después, el joven Ganashi vendió todos sus bienes, sus joyas, liberó a todos sus sirvientes, y se fue en busca del Buda, llevándose todo el dinero consigo. Caminó y caminó, día y noche. Cruzó bosques, y llegó al río. Allí pasó la noche. No logró conciliar el sueño por las pesadillas que lo atacaban.

La mañana siguiente, Ganashi reanudó su camino. Comenzó a notar que el número de peregrinos iba aumentando. Venidos de todas partes. Ascetas, hombres con sus séquitos de sirvientes, niños, jóvenes, ancianos y ancianas con paso sólido. Todos caminaban bajo los rayos del sol que ninguna nube se atrevía a detener. El joven Ganashi veía a todos y se preguntaba qué era lo que les impulsaba a ir en busca del Buda.

El peregrino se detuvo y se sentó bajo la sombra de un árbol para tomar un poco de agua. Se disponía a beber cuando una mano lo detuvo. Viró a ver quién le había interrumpido, percibió un ligero olor a nardo, y la contraluz no dejaba distinguir a la persona, hasta que habló:

—¿Me das un poco de agua? —escuchó Ganashi una voz tersa y femenina.

El joven se incorporó y vio el rostro moreno de una mujer que lo miraba con impaciencia. Sus ojos como esmeraldas no dejaban de ver el recipiente que

contenía el agua. Los gruesos labios de ella tenían grietas blancas. Ganashi extendió su brazo y le dio de su agua a la mujer.

—Muchas gracias. ¿Cómo se lo puedo pagar?

—No te preocupes, traigo más. ¿Vienes sola?

—Sí. Voy en busca del Buda.

—¿Cuál es tu nombre, mujer?

—Shanti.

—Me tengo que ir, Shanti.

—¿Puedo ir con usted? Es que voy sola y varios hombres me han molestado.

Ganashi dudó un poco, pero los ojos de Shanti le hicieron decidirse.

—Sólo si prometes no hacer ninguna pregunta.

—No entiendo, pero está bien —ella le mostró su sonrisa.

Shanti y Ganashi continuaron su peregrinaje en búsqueda del Buda. Durante el trayecto, la joven caminaba detrás de él, quien de vez en cuando viraba su vista para comprobar que la mujer aún seguía allí. Caminaban sin dirigirse la palabra, sólo cruzaban sus miradas, y ella le lanzaba pequeñas sonrisas. Un grupo de jóvenes se les acercó a pedirles agua. Ganashi se las negó, les dijo que ellos eran jóvenes y podían regresar al río a abastecerse del líquido; ellos se fueron insultándolo. Un poco después Shanti le pidió que descansaran un momento y se salieron del camino para guarecerse a la sombra de un árbol.

Todo había quedado en silencio, sólo se oyó el trinar, a lo lejos, de un pájaro. Los pequeños hombros de ella rozaban los de él. Ella se separó un poco y sus miradas quedaron prendidas en ese instante, ambas exploraban algo

desconocido, algo que nunca habían visto en otras miradas. Así permanecieron uno, dos, tres minutos, sólo tres minutos que para ellos pasaron inadvertidos, tres minutos que se perdieron en la inmensidad del tiempo. Tres minutos que nunca recuperarían. Tres minutos que siempre iban a recordar. Tres minutos sintiendo la respiración el uno del otro, que por lapsos, se agitaba. El olor a nardos se introducía cada vez más y más por cada poro del joven. Durante largo tiempo, Ganashi había experimentado la vida del mundo y de los placeres, pero sin formar parte de esa existencia. Sus sentidos despertaron sin saberlo. Comenzó a comprender que no se puede recibir placer sin antes darlo, que cada gesto, caricia y contacto, tiene su secreto, y que al encontrarlo produce felicidad. Ganashi bajó su mirada y soltó a la joven sin decir nada. Siguieron su camino cuando la noche comenzaba a tirar su red.

Los jóvenes continuaron su andar. Llegaron a una gran casa en medio del bosque y se acercaron a pedir posada. Un par de ancianos salió a recibirlos y los dejaron quedarse en el granero. Sobre la paja se dispusieron a pasar la noche. Ganashi se encontraba quieto, le daba la espalda a Shanti, que daba vueltas y vueltas sin conciliar el sueño. Quedó quieta con sus labios entreabiertos justo en la espalda del joven. Sus dedos delgados comenzaron a frotar los brazos morenos de él. Ganashi no respondía. Shanti comenzó a jugar. Se montaba sobre él, besaba su cuello, lo rechazaba cuando quería tomarla, le obligaba a tomarla de la cintura, le atraía; sonreía, hasta que sucumbieron al juego. Comenzaron con el arte del amor, Shanti demostró amplio dominio. Los secretos placenteros que ella ocultaba le fueron revelados a un sorprendido Ganashi. El cuerpo de ella se estiraba como el de una gacela, disfrutaba y hacía disfrutar al joven que nunca

había conocido ese arte. Al unísono rompieron el silencio, fundidos en un abrazo.

Ella le susurró al oído:

—Eres buen amante.

Vencidos y agotados, durmieron desnudos sobre la paja, hasta que un gallo cantó.

Regresaron al camino que habían desviado la noche anterior. En la cara del joven Ganashi caía el sol haciéndolo ver más brillante; en una mano llevaba las garrafas de agua que sus anfitriones les habían proporcionado y el saco de piel donde guardaba sus pertenencias; con la otra sujetaba la mano delgada de Shanti. No decían nada, no era necesario. Así siguieron, durante largo rato, hasta que ella rompió el silencio.

—¿Por qué vas en busca de Buda?

—Te dije que no hicieras ninguna pregunta.

—Sólo contéstame ésta, por favor.

Ganashi, después de un largo silencio, contestó:

—Voy a buscar a mi padre, es lo único que te puedo decir.

—¿Crees que él siga al iluminado?

—Shanti, es lo único que te puedo decir, después de que lo encuentre te platicaré la historia que me trajo hasta aquí.

Después de un pequeño lapso de tiempo él no pudo resistir, se detuvo y dijo:

—Era un usurero rico y poderoso.

De pronto, del bosque salió un grupo de jóvenes. Uno de ellos sacó un cuchillo y tomó a Shanti del cuello con un brazo y con la otra mano postraba su cuchillo en las costillas de la joven. Ganashi, sin pensarlo, les dio las garrafas de agua que cargaba y les dijo:

—¡Déjenla! ¡Ya les di toda el agua!

—No, Gyps, aún no, danos el saco grande que cuelga de tu hombro.

—De ninguna manera.

—Nos lo das, o ella se muere aquí mismo, Gyps. Tú tampoco quedarás tan bien como para continuar tu viaje.

Ganashi no tuvo más remedio y les dio el saco con todo el dinero que llevaba. El muchacho soltó a Shanti, y junto con los demás, salieron corriendo hasta perderse de vista. Contrariada se abrazó de Ganashi quien no dudó en cogerla entre sus brazos. Sólo le interesó que ella estuviera bien. No le importó más el saco. La respiración de ella se oía agitada, lloraba, y él no hallaba las palabras indicadas para consolarla. Sólo alcanzaba a acariciar su cabello, lo deslizaba entre sus dedos, percibía más de cerca su olor a nardo.

Shanti comenzaba a dejar de llorar al oír los lentos latidos del corazón de él, y la tranquilizaban, aún más, las tímidas caricias de su protector.

Continuaron su andar, y al bajar una pronunciada colina, notaron que mucha gente se encontraba sentada, como a la espera de algo. No podían estar descansando porque muchos no trataban de esconderse del sol. La joven habló:

—Por fin hemos llegado a él, Ganashi. ¿Buscarás a tu padre?

—No. Primero debo escuchar al que llaman Buda.

De pronto, la gente comenzó a rodear una pequeña meseta con un pequeño montículo que estaba casi en el centro. Buda estaba por llegar, todos lo sabían. Ganashi y Shanti también se acercaron. Por un costado del círculo la gente abrió paso al iluminado. Allí estaba, sonriendo. Comenzó el barullo, unos le gritaban *Krishna*<sup>3</sup>, otros, *Agni*<sup>4</sup>. Lloraban, reían, tocaban su hábito amarillo y guinda. Los que estaban hincados lo tomaban de los pies, y él, siempre sonriendo se detenía, los levantaba y les besaba la frente. Por fin, había llegado al montículo. Sólo se oía el trinar de los pájaros. Ganashi miraba los lentos movimientos de su padre. Hasta que una voz preguntó:

—¿Díganos, Buda, por qué hemos de morir?

Ganashi-Buda, sin quitar la sonrisa de su rostro, contestó:

—La vida es vivir. No es una cosa, es un andar. No hay otra forma de conocer lo que es la vida más que viviendo, estando vivo, fluyendo, discurriendo con ella. Si buscas el significado de la vida en una determinada sabiduría, da por seguro que te perderás lo que es la vida y su significado.

La vida no te está esperando en ninguna parte; te está sucediendo. No se encuentra en el futuro como una meta que has de alcanzar, se encuentra aquí, en tu respirar, en la circulación de tu sangre, en el latir de tu corazón. Cualquier cosa que seas, es tu vida y si te pones a buscar significados en otra parte, te la perderás.

—¿Y cuál es el significado de la vida, Gotama?—se escuchó de entre la gente.

---

<sup>3</sup> Krishna: Aquel que ejecuta las obras obligatorias sin aspirar a su fruto, es un renunciador a la vez que un yogui; pero no aquel que descuida el sagrado fuego del sacrificio, y no cumple los actos prescritos por la Ley.

<sup>4</sup> Agni, el dios del fuego, es una de las deidades más prominentes de los vedas. Con la única excepción de Indra, se le dedican más himnos que a ninguna otra deidad.

—Nadie puede darte el significado de tu vida. Es tu vida y el significado ha de ser también el tuyo. Nadie más que tú puede encontrarlo. Con el vivir te será revelado el misterio.

—¿Dónde, Gotama, dónde? —gritó la misma voz.

—Lo primero que me gustaría decirte es: no lo busques en ninguna otra parte. No lo busques en mí, no lo busques en las escrituras, no lo busques en explicaciones; son sólo justificaciones, no explican nada. Atiborran tu mente vacía, no te hacen consciente de lo que es.

La vida ya está burbujeando en tu interior. Sólo puedes contactar con ella allí. El templo no está en el exterior; tú eres su santuario. Por eso lo primero que has de recordar, si quieres saber qué es la vida, es: nunca la busques en lo exterior, nunca trates de descubrirla en alguien. El significado no puede ser transferido de este modo.

Lo segundo que has de recordar es: una vez que sepas lo que es la vida, sabrás lo que es la muerte. La muerte es parte del mismo andar. Creemos que la muerte llega al final; que se opone a la vida; que es el enemigo, pero no lo es. Y si consideras a la muerte como el enemigo esto demuestra que no has sido capaz de saber lo que es la vida.

La vida existe debido a la muerte. La muerte es, en efecto, un proceso de renovación. Sucede a cada instante. Cuando inhalas y exhalas. Al inspirar, la vida entra; al expirar, viene la muerte. Por eso, al nacer un niño, lo primero que hace es inspirar; entonces la vida empieza. Y cuando un viejo muere, lo último que hace es exhalar; entonces la vida se va. El hombre que ha comprendido lo que es su vida, permite que la muerte suceda, le da la bienvenida.

Creemos que ha de desearse la vida y que ha de evitarse la muerte. Esta idea absurda crea interminables desgracias en nuestras vidas, porque una persona que se protege contra la muerte se vuelve incapaz de vivir. Entonces mal vive, su vida deja de ser un río.

Lo mismo sucede con el amor. En el amor, la vida alcanza la montaña más alta. En el amor mueres y renaces. Lo mismo sucede cuando meditas o cuando acudes a mí y te entregas. Recuerda que la muerte y la vida se alimentan mutuamente, nunca están separadas.

Nunca acaba en parte alguna, nunca empieza en ninguna parte. De hecho, no puede haber un principio ni puede haber un final. Somos vida, aun cuando la forma cambie, los cuerpos cambien, la mente cambie. Lo que llamamos vida es sólo la identificación con un determinado cuerpo, una determinada mente, una determinada actitud. Lo que llamamos muerte no es más que el salirse de esa forma, de ese cuerpo, de esa idea.

La vida es un proceso sin tiempo, más allá del tiempo. La muerte forma parte de él.

Ganashi-Buda miraba a todos sus escuchas, miraba los rostros que permanecían en silencio, uno a uno, hasta que detuvo su recorrido en el lugar donde se encontraban Shanti y Ganashi. Les lanzó una sonrisa como mariposa y les hizo una reverencia. Se acercó hacia ellos y se dirigió al joven.

—Mi espera ha terminado.

Al oír las palabras del iluminado, el joven Ganashi se desplomó ante sus pies llorando como un niño. Le pedía perdón por todo lo que en su niñez le había

hecho pasar. Por no hacerle caso, por escapar de ese humilde lugar para convertirse en una mala persona, un despiadado.

—Levántate, hijo, nada malo has hecho. Estabas confundido, tardé mucho tiempo en comprenderlo, al final lo hice.

—¿Qué puedo hacer para remediarlo?

—No tienes qué hacer nada. Ya lo has hecho. Al reconocer tus faltas, has comenzado a entrar en tu verdadero yo.

El alma de Ganashi regresó; había muerto, se había convertido en polvo. Mataba sus sentidos, destrozaba su memoria, salía de su otro yo. Y veía luz en todo lo que miraba. En el cielo, en los árboles, en los pájaros, en la sonrisa de su padre, y Shanti... no veía por ningún lado a Shanti. Comenzó a buscarla entre la gente, gritaba su nombre, preguntaba por ella. Llegó hasta donde estaban unas casas provisionales para los peregrinos. Buscó en una, en otra, ansiaba platicarle su historia a la mujer que en ese momento sabía que era la primera que amaba. Llegó a la última tienda, antes de entrar oyó su risa, sí, estaba seguro de que se trataba de su amada. Shanti besaba, abrazaba y le sonreía al joven que le había puesto una daga en las costillas unas horas antes; al ladrón que había robado el saco con todo el dinero de Ganashi. Ellos lo vieron y guardaron silencio. Ganashi no dijo nada, dio media vuelta y se marchó. No comprendía cómo es que había caído en esa trampa.

Regresó con su padre. El Buda sentía el dolor de su hijo, no obstante, prefirió callar y dejar que Ganashi fuera el primero en hablar. Así pasaron los días, Ganashi no emitía ningún sonido. El Iluminado dictaba sus doctrinas a los cientos

de feligreses que habían llegado hasta allí para escucharlo y verlo. El joven lo oía con gran interés. Al séptimo día, se dirigió a su padre:

—¿Cómo puedo encontrar mi Yo, padre?

—Reconócelo, hijo, está en ti, en mí y en la mujer que te ha engañado. Está en cada cosa que miras, en cada cosa que tocas. Has conocido el amor. En estos días has hecho lo mismo que los ascetas: pensar, ayunar y esperar. Es un buen inicio, hijo. Busca, busca más cosas, nunca dejes de buscar. Ve y toma tu camino, sal al mundo con tu yo. Nos tenemos que separar, sí, pero nos volveremos a encontrar.

Ganashi sonrió y vio en el rostro del iluminado, un río de rostros, de animales; todas sus transformaciones, todos los orígenes. Unas lágrimas se deslizaron por su rostro, y su padre se las quitaba con sus manos. Sabían que no se volverían a ver. Buda besó la frente de Ganashi y se marchó.

## AUTOBIOGRAFÍAS DE LOS AUTORES

### AXEL BERNAL

Nací en Chilangolandia en el 94. Por ahora me dedico a escribir y a viajar de mochilazo por el mundo. Esto que escribo, lo hago desde Berlín. No soy de familia rica, ni mucho menos me he sacado algún premio en algún sorteo. Mis padres trabajan para el gobierno, son burócratas, ganan más o menos lo necesario como para llevar una vida tranquila, pues ya no tienen la necesidad de estar manteniendo a sus dos hijos. Mi hermano el mayor vive en Barcelona, y yo sí vivo con ellos, pero no se ocupan de mí desde hace mucho. Además casi no estoy con ellos porque no me gusta oír sus rucadas. Comencé a escribir, porque me fascina explorar diferentes áreas del arte; he hecho esculturas neo-clásicas, toco guitarra, especializado en flamenco, bailo danza árabe; también hablo y escribo inglés, griego, latín, italiano, francés y alemán. He dirigido dos cortometrajes con teléfonos celulares, *Camlet*, fue uno de ellos; ganó el premio *Papitas felices 2013*.

Ahora exploro la narración, es algo que me ha llenado más en todos los sentidos. En la secundaria era famoso por conquistar a mis novias por medio de cartas, ninguna se negó. En la prepa sólo fue una la que recibió mi correspondencia. Terminó casándose con otro antes de concluir el bachillerato. Aún no logro olvidarla, creo que por eso me dediqué a errar por el mundo. Durante mis viajes, siempre me detengo en algún café, por las tardes, y por espacio de cuatro horas escribo un cuento o termino el que dejé pendiente el día anterior. Por

lo regular es así. Aún sigo conquistando mujeres por medio de cartas, aquí en el extranjero es más fácil; bueno, encontré una fórmula. En los cafés que visito, casi siempre hay mujeres solas, entonces, en una servilleta de papel escribo en español, cosas acerca de ella, y siempre al final, como posdata, pongo la frase: “Si no entendiste puedo ir a traducírtelo, sólo sonrío y estaré contigo”; en inglés y en el idioma del país donde me encuentre. Casi nunca estoy solo. Mis relaciones amorosas se atienen a lo que duren mis estancias en donde esté.

Muchas gracias por haberme invitado a participar en esta antología, no sé por qué me invitaron, me siento adulado, es la primera vez que publicaré en un libro, lo he hecho en revistas electrónicas o en mi videoblog, pero no en libros.

YEISSON TORRES

Equilibrio, hermano, esa es la clave. Siempre lo he dicho. Nací un miércoles siete de abril del noventa y dos. Por qué menciono lo del equilibrio, se preguntarán; es simple, porque cuando escribo trato de que mis textos contengan y sean equilibrados, para llegar a la perfección; me gusta que las cosas tengan armonía, para que me entiendan. Tengo 23 años y creo que ya he vivido lo suficiente como para escribir sobre algo interesante. Estudié bioquímica, pero fue un resbalón, porque mis padres se dedican a lo mismo, sin embargo, lo mío, lo mío, es la escritura. He tenido varias broncas con mis jefes por haber cambiado “el rumbo del camino”; ya se resignaron, al menos eso parece. También me dedico a hacer otras cosas, estudio un diplomado para chef, toco en una banda de rock llamada *Tributo a los Master's*, tocamos puras wikis rockeras del siglo pasado. He hecho algunas rolas, aunque es muy difícil crear algo innovador, algo que le lata a la gente. Lo de hoy es el *glam* africano, neto, carnalitos, y no hay nada que pueda hacerle competencia. No sé, no sé... es más fácil atrapar moscas con un tarro de miel que con una botella de vinagre.

Con mis escritos busco conquistar el mundo, de verdad, aunque no me lo crean, quiero estar entre los grandes, quiero codearme con Dan o Stephen, todos ellos que son los grandes clásicos. Para ser sinceros, mi proceso creativo no tiene gran ciencia, siempre cargo con mi Pda para todos lados, y le voy dictando con mi voz lo que quiero que después transcriba a texto. Ya después, le doy coherencia y formato al escrito.

He publicado en varios lados, revistas, periódicos, sobre todo, en un pasquín literario que sólo lo leen unos cuantos. En él atacamos al gobierno, lo hacemos de una manera muy sencilla y lúdica; no nos lo han censurado, porque los pro-hombres de la política no leen, y si lo llegan a hacer es sólo para ver qué es lo que dicen de ellos. Nosotros hablamos de políticos, pero cuando los mencionamos, sólo lo hacemos por medio de un juego de palabras en el que combinamos las sílabas de sus nombres, ni se enteran los brother's.

Cuando me platicaron que si quería entrarle a esto de la antología, no le vi ninguna objeción, al contrario, me gusta mucho participar en este tipo de proyectos, sobre todo, para darle un poco fuerza al libro con un nombre tan importante como el mío. Hoy día sabemos que la competencia es dura, pues todo mundo lee -excepto los políticos- y qué chido, que salgan colecciones como ésta.

DYLAN A. MARTÍNEZ

Wachen, me llamo Dylan A. Martínez, nací en los yunaited, pero como mis parents eran ilegales, nos regresaron. Estaba yung. Yo sí tengo la doble nacionaliti y puedo regresar cuando quiera, bot nel. Desde que pusieron ese pinche muro estoy cabroneited. Todos mis frends dicen que me regrese con los yankis, porque según allá me irá mejor, rili que no quiero.

La que me animó a querer escribir fue mai mom. Ella siempre está escribiendo, lleva un diary y allí mismo hace poemas; pocas veces me deja leer lo que anota, a mi pa' es al único que le deja leerlo, para que le dé su punto de vista, y siempre le responde: "no fue así vieja, me gusta, pero tú aí sabrás". Ella me ha prometido que algún día me regalará las primeras cinco libretas que escribió, ai don nou, creo que no lo hará. No importa.

Nací el 25 de julio del 92, en Los Ángeles, California, el mismo en el que llegaron mis parents, yo ya iba en la panza de mi mamá. Estudié allá hasta los doce, porque fue cuando nos regresaron. Desde entonces comencé a escribir. Mi amá me dijo: "Mira, escribe todo lo que vas pensando, lo que miras, los sonidos, lo que hueles, escribe todo, y verás cómo te levanta el ánimo pa' seguir pa'lante". Its tru, tiene mucha razón.

A parte de la wraitada, me gusta hacer música con mi PC, me late un buen hacer música electrónica. Han de pensar que es muy fácil, pero la verdad es que es very dificul. También lo hago como terapia, porque me relaja, casi siempre compongo música después de escribir, pues cuando escribo como que me

posesiono, se me sube la adrenalina y me cuesta trabajo poder bajarla. La música me ayuda mucho para que me dé el bajón.

De mi escritura puedo decir poco, lo que siempre trato de hacer es que parezca lo más real posible, aun siendo fantasía, que es lo que más escribo. Sé que los escritores consumados me van a echar varias bulets, pero me importa poco lo que digan o dejen de decir de mis cuentos, pues como dice mi amá: no escribo pa' nadie; a quién le puede interesar, escribo para mí, pa' que el alma no se me vaya del cuerpo.

Tenks al antologador por haberme invitado a participar en esta locura, aunque bueno, los que nos dedicamos a esto, estamos bien creizis. Espero no defraudarlos con las cachonderías que escribí; ái ustedes me dirán si no le hice caso a los consejos que me dio mi amá.

KELY LÓPEZ CAMACHO (1995-2015)

Desafortunadamente la autora murió, por causas que aún desconozco. El cuento de *Ganashi*, es, hasta donde tengo entendido, su única publicación. Yo tuve el gusto de compartir grandes momentos con Kely. Su inteligencia superaba su gran belleza. Ella nació un quince de mayo, y siempre era presa de mis bromas por haber nacido un día del maestro. Hija de padres divorciados, cosa que a ella nunca le afectó, porque decía que ellos se eran infieles, a escondidas, claro está. Pensaba que si ellos se hubieran dicho su estatus de infieles, desde un principio, “que se iban a pintar el cuerno”, su relación hubiera perdurado más. “Ellos saben lo que hacen y me importa un bledo lo que hagan o dejen de hacer”, me decía. Kely estudiaba en una universidad pública por el sur, que fue donde la conocí. Vivía con su abuela y escribía desde los cinco años, según me decía, también que lo hacía más que nada como un método de autoayuda, porque no tenía amigos ni amigas. Hasta el día de su muerte, creo que yo fui el único. Un día me pidió que revisara un cuento, que pensaba entregar en su clase de Creación literaria, al leerlo me di cuenta del gran potencial literario de Kely. Es una lástima que hayamos perdido a este gran talento, pero es más lastimoso para mí haber perdido su ser. El día que le platiqué mi proyecto de hacer una antología con jóvenes literatos, y que gracias a ella se me había ocurrido esta idea, se puso muy contenta. Aún recuerdo su sonrisa de mariposa.

Descanse en paz.

**N. D. A.**

BRAIAN RAMÍREZ MONTIEL

Antes que nada quiero decir que yo me he formado solito. A mí eso de que me enseñe un maestro no se me da. Tal vez, porque me he llevado muchos fiascos con los que dizque “enseñan”. Sí, he leído, leo todo el tiempo, desde cómics, clásicos y, sobre todo, literatura gringa: son la neta.

Nací el 17 de diciembre del 91, soy del siglo pasado, no importa. No conozco a mi padre, mi madre dice que es mejor así, porque si él hubiera estado, otra vida tendríamos, una vida que no nos hubiera gustado llevar. No sé, no sé, todo es relativo. Mi mamá una vez me platicó cómo fue que conoció a mi papá. Se conocieron por un chat, él tenía de ID “Intravenoso” y ella era conocida como “Intravenosa”, por eso fue que comenzaron a tratarse, por la casualidad de sus *sobrenombres*. Todo fue muy rápido, a la semana que hicieron contacto se fueron a tomar un café; esa misma noche tuvieron relaciones –química al instante- y cinco meses después ya me gestaba en el vientre de ella. Mi madre fue quien tomó la decisión de dejarlo, pues no lo creía apto para poder criarme, porque él no sabía qué quería en la vida. Nada más sabía chatear. Ella me ha criado bien, no me quejo. Aunque su trabajo la absorbe mucho y eso hace que no la vea tan seguido.

Es por eso que me dediqué a leer y escribir. Los videojuegos ya no me atraen, porque rápido localizo su sistema y lo decodifico fácilmente, y así no tiene chiste, es como estudiar anatomía, una vez que sabes sus nombres y dónde está cada pieza puedes llegar rápido a donde quieres.

Con la lectura y la escritura es diferente, porque allí puedes crear tus propios sistemas. Con una lectura, una buena por supuesto, puedes creer que ya has descifrado su sistema, pero conforme vas avanzando te das cuenta que no es así, porque están implicadas demasiadas cosas, miles, me atrevería a decir. Una línea, una oración puede hacer que te hagas muchas preguntas: ¿Por qué el autor puso esta palabra y no esta otra? ¿Qué estaría pensando cuando creó este o tal personaje? Y a su vez ¿qué estará ideando el personaje? En fin, puedo seguir y seguir haciéndome preguntas y jamás terminaría. Es por eso que me dediqué a escribir para decodificar y volver a codificar, por cuenta propia, el sistema de ellos y, más que nada, el mío.

## AGRADECIMIENTOS

Son tantas las personas a las que les estoy agradecido de acompañarme en esta aventura, que espero no omitir a alguna de ellas:

A Gina, Evan y Gilean, porque sin su amor no hubiera llegado hasta aquí, y porque sin ustedes ya no podría seguir adelante, los Amo.

A Poncho, Beli, Bony y Lucy, por ese amor incondicional, el que se lleva en la sangre.

De igual manera a mis amig@s, mis hermanos, mis hermanas: Santiago García, Sandra A. Montiel, Daniel Antonio, Jair Camet (QEPD), Mariela Oliva, Elena Mendoza, mi tío Pancho Grijalva, Elías Marín, José Santiago, Omar A. Delgado, Juanita Reyes, Melody López, Ileri Campos y César-Ame López, Jorge Contreras, Gisela Guerrero, Roger-Ame y Tere Precero, y Yessi Jaimes.

A mi Alma Mater, la Universidad Autónoma de la Ciudad de México y todos sus profesores y profesoras de aquellas cuatro primeras generaciones, al Ing. Manuel Pérez Rocha; y en especial a los y las maestras de la Academia de Creación Literaria, mis madres y padres literarios, mis “Gárgolas”: Carmen Ros (gracias “Miss”, por invitarme a aquella primera clase de Creación Literaria, por ser mi tutora y mentora, sin usted no estaría aquí), Tere Dey (“tía” gracias por todo tu apoyo, enseñanza y cariño), Rosina Conde (gracias Rosi, por compartirme un poco de tu gran conocimiento y, sobre todo, por tu entrañable amistad), Adrianita Jiménez (dobles, porque gracias a ti nació este trabajo recepcional y porque le diste hartas “shaineadas” para que quedara como está), Xhevdet Bajraj (mi Hermano-Humano, en el sendero del blues andamos), Óscar Martínez Vélez (muchas gracias, amigo, por todo tu apoyo) Mónica Lavín (también dobles, porque leíste mi trabajo recepcional y por ser *rollingstoniana* de hueso colorado) Ana Cuandón (igual, dobles, por leer este trabajo recepcional y por ser una *peçoana* inconmensurable como yo). Mónica Sarnari y Carlos González, Karla Montalvo, Adriana González Mateos, Francesca Gargallo, los Reygadas, Armando Alanís y Héctor Carreto.

Un punto y aparte me merece Hugo Hiriart: Gracias *Galaor*, por ser más que un maestro y guía espiritual para mí. Gracias por su gran apoyo y amistad.

Por todo esto, y muchas cosas más, gracias, de nueva cuenta, a tod@s por enseñarme que  
“Nada humano me es ajeno”.

***You can't always get what you want***

-The Rolling Stones.

Créditos

Gracias a la Universidad Autónoma de la Ciudad de México  
Por el apoyo brindado para la realización impresa de este  
Trabajo Recepcional.  
México, Distrito Federal, septiembre del 2011.